

El **PRECIO** *el* **RESCATE**

**F
B
I**



POR
JAN HUTTON

JAN HUTTON

EL PRECIO DEL RESCATE



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1955
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El Cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
13. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente número 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Lawson (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (38).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gren Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
210. Aquelarre (4).
211. La muerte ronda (33).
212. Error fatal (39).
213. Hacia el abismo (7).
214. Ojos delatores (37).
215. Reportero de sucesos (4).
216. ¡Fugitivo! (40).
217. Rehabilitación (33).
218. El extraño agente (5).
219. No ocupará de mí (8).

220. La garra enguantada (4).
 221. Sombras en rojo (37).
 222. Aprendiz de policía (30).
 223. Torrente de pasiones (5).
 224. Lazos rotos (33).
 225. Muerte en la carretera (4).
 226. Sangre de periodista (23).
 227. Hielo caliente (27).
 228. Dos vidas (3).
 229. Cara es la victoria (30).
 230. Uno contra todos (26).
 231. Servicio inacabado (21).
 232. Oscura traición (41).
 233. ¡Alto! (4).
 234. Sólo existe un dilema (9).
 235. Legión extranjera (30).
 236. Sindicato criminal (40).
 237. Requiem por Larry (4).
 238. El triunfo del bien (42).
 239. Entre la espada y la pared (28).
 240. Los sospechosos (4).
 241. La vida al azar (21).
 242. Los Baicanes en llamas (43).
 243. La Ley y él (5).
 244. Puente de traidores (17).
 245. Espionaje (42).
 246. Extorsión (4).
 247. Noches de pesadilla (3).
 248. Sin rumbo (9).
 249. Un caso policiaco (4).
 250. La caza del hombre (44).
 251. En la brecha (17).
 252. Galería de condenados (4).
 253. Vidas truncadas (44).
 254. Los pies hacia fuera (21).
 255. Una pareja imposible (37).
 256. Fuego en las manos (21).
 257. Última pena (5).
 258. Cogido en el cepo (28).
 259. La esquina siniestra (4).
 260. El astuto Rubens (40).
 261. La Policía lo sabe (3).
 262. ¡Perseguido! (28).
 263. Pistas borradas (4).
 264. Ojos que vigilan (5).
 265. Sombras en Nueva York (42).
 266. Escondite para un cadáver (8).
 267. Pánico (4).
 268. Hundida en el cieno (44).
 269. La banda de los buhos (5).
 270. Inspector especial (42).
 271. Testigo, la luna (4).
 272. Tres muertos para tres (41).
 273. Huyendo del pasado (30).
 274. Manos sucias (4).
 275. El elefante blanco (45).
 276. Al margen del deber (21).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|-----------------------|------------------------|
| (1) Alf Manz. | (17) Alv Cortrea. | (32) Joe Greig. |
| (2) Fred Baxter. | (18) Jack Grey. | (34) Don Lassister. |
| (3) Frank McFair. | (19) Edgar Ford. | (35) John Est. |
| (4) Eddie Thorny. | (20) Andre O'Sun. | (36) Edward Goodson |
| (5) O. C. Tavin. | (21) Fel Marty. | (37) A. de Tarturis. |
| (6) Alar Benet. | (22) Dana Yonell. | (38) Gary Belsan. |
| (7) A. G. Murphy. | (23) Al Gallard. | (39) Paul Coster. |
| (8) Lewis Haroc. | (24) Chester King. | (40) Herman Teligon. |
| (9) J. L. Martin. | (25) Josep Tell. | (41) Anthony Cuntlier. |
| (10) Jack Brooklyn. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Benson. |
| (11) Thomas Setlee. | (27) Lou Dark. | (43) Albert Lazar. |
| (12) John Nebot. | (28) Jan Hutton. | (44) Fred Williamman. |
| (13) Thomas Wanton. | (29) Richard Jackson. | |
| (14) F. N. Graw. | (30) Jim Murray. | |
| (15) Robert Dras. | (31) Sand Buri. | |
| (16) Alan Carson. | (32) Jos Greig. | |

I

LA FUERZA DEL DEBER



A noche había transcurrido al fin. La primera noche de su matrimonio, y acaso la última también.

Willard Olbricht contempló la leve claridad de la aurora que penetraba a través de los visillos de la ventana.

Sus dedos aplastaron contra el fondo del cenicero el cigarrillo que sostenían, mediado ya. Un montón de colillas llenaba el pequeño recipiente de cristal.

Maquinalmente, cogió otro y se lo llevó a los labios.

Ella se movió, a su lado, al parecer dormida aún.

Los dedos de Willard se crisparon un instante antes de seguir el movimiento iniciado.

Durante muchas horas, casi todas las que tiene una noche, Willard Olbricht había estado escuchando la suave respiración de su joven esposa.

La luz del nuevo día avanzó por las blancas terrazas, entrando, todavía muy leve, en las casas.

Era eso solo: el fin de una noche más.

Advirtió que sus dedos, que sostenían un fósforo para encender el vigésimo cigarrillo de los que fumara durante aquella noche, estaban temblando.

Cerró los ojos, tratando de mantener la ilusión de que aún la oscuridad lo llenaba todo, de que todavía era de noche.

Una voz extraña, la de alguien que hablaba en la calle, disonante en el silencio del amanecer, le obligó a aceptar la penosa realidad.

Era ya de día, y no existía nada, absolutamente nada en el mundo, que pudiera impedir el lento y firme avance de la claridad del sol.

Muy despacio, se echó fuera de la cama. Todos sus sentidos permanecían alerta, escuchando el respirar de su esposa.

Tenía miedo, un miedo atroz a que ella se despertara de golpe, sorprendiéndole en el acto de abandonar el lecho.

Tenía tanto miedo, que mientras sus pies desnudos tanteaban el suelo en busca de las zapatillas, algunas gotas de sudor hablaron su frente.

Por fin las encontró, metiendo los pies en ellas. Estaba sentado sobre un extremo de la cama, en pijama, frente al resplandor de la aurora que se colaba por la ventana, fijo en esa claridad fatal que le anunciaba inexorablemente lo que debía hacer, lo que no tenía más remedio que hacer.

Después de incorporarse con infinitas precauciones, tardó varios minutos en salir del dormitorio. Por costumbre, se dirigió hacia el cuarto de baño.

Se quitaba ya la chaqueta del pijama, poniendo su mano derecha sobre el grifo de la ducha, cuando retrocedió bruscamente.

El ruido producido por el agua la despertaría sin duda. ¡Qué torpeza!

Comprendió que sus nervios le obligaban a comportarse de aquella forma. Se vistió deprisa. Pero no se puso los zapatos. Tampoco intentó hacerse un poco de café, que le despabilara.

Luego fué al ropero, sacó un maletín de viaje del armario. Recogió sin elegirlas un par de mudas y algunos cachivaches de uso personal, y se dispuso a abandonar la casa.

No necesitaba más cosas para el viaje que emprendería aquella misma mañana.

En una mano sacaba el maletín, sosteniendo la contraria los zapatos, que sólo se calzaría fuera ya del piso, en la escalera.

Sus ojos recorrieron las habitaciones que atravesaba. ¿Volvería alguna vez a verlas? ¿Volvería a ver a aquella mujer alguna vez?

Era su esposa desde la tarde anterior y la amaba con frenesí.

Por eso la había mentido, ocultándola que el día siguiente al de la boda era precisamente el señalado para que él saliera de los Estados Unidos con rumbo a Europa.

Tal vez fuera mejor haberlo hecho así. La mintió consciente de su falta, pero no se arrepentía. Resultaba la única forma de que ella no le impidiera cumplir con el penoso deber que los separaría a la mañana siguiente de su primera noche matrimonial.

Muy despacio abrió la puerta que daba al pasillo. Le faltaba un solo paso para iniciar aquello, tal vez el fin de su propia vida.

Se dio cuenta de que su voluntad flaqueaba en el momento decisivo.

Entonces lo oyó, estremeciéndose.

Era un sollozo ahogado, desgarrador. Sólo eso: un sollozo.

Sintió como si unas manos invisibles le agarraran el cuerpo, impidiéndole dar aquel paso último.

Tal vez se engañaba. Dados los momentos que atravesaba, sus sentidos podían oír lo que no existía en realidad.

Pero no; al escuchar atentamente, reteniendo la respiración, volvió a percibir aquel sollozo prolongado que provenía del dormitorio.

No tuvo valor para franquear el umbral que le separaría de su esposa.

La puerta quedó entreabierta, el maletín y los zapatos en el suelo. El retrocedió hacia el interior del piso.

Ella estaba echada de bruces sobre el lecho, con la cara

enterrada en las sábanas.

Un movimiento espasmódico sacudía su espalda. Sollozaba desconsoladoramente, y sus labios balbucían un nombre. ¡Willard!

No le oyó aproximarse. Su dolor era hondo y sincero, henchido de desesperación.

Él notó cómo un nudo se le formaba en la garganta, impidiéndole hablar.

Los dedos masculinos se ciñeron a los hombros de la joven esposa.

El contacto inesperado la estremeció. Súbitamente, su llanto se cortó. Al alzar la cara hacia Willard tenía el rostro bañado de lágrimas.

Sus labios se entreabrieron un instante, como si quisiera modular una palabra. Sólo surgió de ellos un ronco balbuceo ininteligible.

Y de golpe se arrojó contra el pecho del hombre que tenía también escozor de lágrimas en los ojos.

Ninguno de los dos despegó los labios. La cabeza de Norma se aplastaba contra el pecho de Willard.

Los dedos de la desposada se clavaron con fuerza instintiva, con furia, en la chaqueta masculina.

No; no hablaba. Pero aquellos dedos que se aferraban a él parecían exclamar una y otra vez; «¡No te vayas! ¡No te vayas!».

Él la levantó la cara y la besó. Los labios de Norma temblaban en la caricia, húmedos también por el llanto, con sabor a lágrimas.

Luego la alisó el cabello, cariñosamente, igual que lo hubiera hecho con una niña, sin saber en realidad qué decirle.

Norma realizaba esfuerzos por contener los sollozos que subían a su garganta. Habló con un acento de voz que él jamás podría olvidar:

—Creía que iba a tener valor suficiente hasta el final. No he dormido en toda la noche esperando la aurora. Sabía que era hoy cuando tenías que marcharte. Tú estabas despierto también, fumando continuamente. Si vieras cómo he sufrido...

—Quise ahorrarte este dolor, Norma. Por eso intenté engañarte al asegurarte que tardaría por lo menos un mes en partir.

—Yo me mordía los labios para no gritar, para que tú creyeras que dormía tranquilamente. Me imaginaba que iba a resultar

sencillo, que podría soportarlo. Cuando oí que abrías la puerta...

Un gemido entreabrió sus labios. Los sollozos la ahogaban otra vez.

El dolor debía atravesar su pecho como un hierro abrasador que introdujeran en su organismo.

Él comprendió que era ya inútil ocultarla la verdad. Ella lo sabía todo, todo absolutamente. Quiso ahorrarla el último y mayor de los sufrimientos, y, mientras tanto, ella guardaba en el fondo de su ser aquella realidad terrible contra la que nada podían hacer.

¡Cómo debía haber sufrido, en silencio, consumiéndose a sí misma, acaso repitiéndose minuto tras minuto que él, el hombre al que amaba, tenía una posibilidad entre mil de volver de allá con vida, si es que regresaba alguna vez!

Sabía eso: que era casi imposible que él regresara de su misión, y, sin embargo, se había casado con él.

Unas palabras torpes ante la tragedia que vivían, inútiles, surgieron del pecho de Willard.

Ella le cortó, arrojándose otra vez contra su pecho. Sollozaba hondamente, sacudida por latigazos interiores de dolor.

Su voz tenía temblores desgarradores cuando dijo:

—¡No te vayas, Willard! No pueden exigirte que sacrifiques tu vida. Saben que no volverás jamás. Saben que te envían a una muerte cierta.

—Siempre existe una probabilidad —dijo él—. Una entre mil.

—Eres el tercero. Antes que tú... —Luego prosiguió, desgarrando con sus uñas la americana de Willard—. Tom trató de hacerlo. Le cogieron los alemanes cuando se tiró en paracaídas, y nunca volvisteis a saber de él. Después partió Fred, tu amigo. Murió allá, antes de que pudiera llevar a cabo el trabajo.

Tenía razón, y él no halló fuerzas suficientes para rebatir sus argumentos, para tratar de engañarla. Sin embargo, dijo:

—Ahora debo ir yo, Norma. Es necesario que parta yo. Tengo una ventaja sobre ellos: yo conozco aquello perfectamente. Nací en Gotha, en la propia Alemania, y hablo perfectamente el alemán. Conozco aquello tanto como Nueva York. Mis padres me trajeron de niño a los Estados Unidos, pero volví allá muchas veces.

Ella le interrumpió, enloquecida casi:

—Pero no conoces la miseria. No has tenido nunca que aguantar

sin alimentos temperaturas de varios grados bajo cero; ni el hambre espantosa.

—Por Dios, Norma, no exageres.

Sonrió Willard forzadamente, al darse cuenta de la debilidad de sus razones.

—Últimamente..., en la biblioteca, he leído todos los periódicos que traían algo de los campos de concentración alemanes. Mueren cada día miles de prisioneros. Hambre, enfermedades. A veces trabajan a la intemperie, sin agua, sin alimentos, durante jornadas enteras. ¡No volverás, Willard!

Él se levantó, arrancando de su espalda las manos de su mujer. Tuvo que hacerlo con fuerza, casi brutalmente.

Norma le miró con estupor, abiertos desmesuradamente los ojos. Se iba, a pesar de todo; se iba, acaso para no volver jamás.

Retrocedió un paso Willard, sin darla la espalda. No podía esperar más. Abajo le esperaba un coche; después, una posibilidad entre mil de regresar con vida.

De pronto, ella se arrojó de la cama. Sus dos manos se alzaron, agarrándose al pantalón de su marido.

Yacía sobre el suelo, estremecida por los sollozos, crispando sus dedos sobre la tela, para impedir que se marchara.

—Te he querido con todo mi corazón —exclamó—. Te he querido más que a mi vida, para perderte ahora..., ahora que...

Los dientes de Willard se encajaron con fuerza. Al inclinarse hacia su esposa sintió que un velo como de sangre le ocultaba la visión.

A tientas buscó las manos agarrotadas sobre sus piernas. Lentamente, a la fuerza, abrió aquellos dedos...

Al salir de la habitación oyó el golpe de un cuerpo que se desplomaba.

Willard encontró el camino a través de las habitaciones sin verlas, maquinalmente.

En la puerta se puso los zapatos, olvidándose del maletín.

Bajó las escaleras igual que un borracho. En la puerta le esperaba un compañero.

Le hizo montar en el coche que le conduciría al aeropuerto, entregándole un cigarrillo ya encendido.

—Fuma —le pidió—. Esto te animará un poco. Ha sido duro,

¿eh?

—Sí. Demasiado.

El coche arrancó, alejándose, de la casa donde Willard Olbricht había instalado su hogar.

Era aún muy temprano y las calles estaban casi desiertas. Una ligera niebla caía sobre Nueva York.

A bastante velocidad enfiló el «Packard» que los conducía por Flatbush Avenue hacia abajo, con dirección Sur.

La arboleda de Prospect Park surgió ante ellos y desapareció al momento.

En la larga recta final de la extensísima avenida, el contador de la velocidad llegó a marcar los cien kilómetros a la hora.

Como justificando su prisa, dijo el que guiaba, dirigiéndose a Willard Olbricht:

—Te has retrasado bastante. Deberíamos haber llegado ya.

En el cruce con Flatlands Avenue un camión, que surgió inesperadamente por aquella arteria, estuvo a punto de aplastarlos.

Gracias a la pericia del que empuñaba el volante no pasó de ser un susto lo que pudo convertirse en tragedia.

Pero Olbricht no pareció siquiera darse cuenta del peligro que acababan de atravesar. Yacía hundido en el asiento, los dientes apretados, sombría la mirada.

Estaban llegando ya, por lo que el «Packard» aminoró la marcha.

El parque de la Marina se alzaba ya a su izquierda. Escasos minutos después pudieron distinguir los edificios de la New York Naval Air Station.

La niebla era allí más espesa que en el barrio que acababan de atravesar, el Brooklyn, como si la proximidad del mar cerrara la palpable humedad en torno a la base aeronaval de Nueva York.

No se distinguía nada más allá de donde pararon, salvo las siluetas de los edificios militares, que asomaban sus alturas entre raigones de niebla.

—Hemos llegado, Willard.

Igual que abandonara su casa, como un autómatas, Olbricht descendió del coche. Guiado por su compañero se adentró en el campo de aviación. Las pistas de cemento relucían, destacando sus líneas rectas, perfectamente trazadas sobre el resto de la tierra.

El ruido característico de motores puestos en marcha llegó hasta

ellos.

Guiándose por él pronto se encontraron ante el aparato que les esperaba dispuesto ya a despegar.

Era un «Boeing

B-17»,

la tan conocida «fortaleza volante».

La dotación del avión había ocupado ya sus puestos. Por una de las ventanillas de la carlinga asomó la cabeza de uno de los pilotos, quien consultó su reloj de pulsera, indicando de esa forma a los recién llegados que debían apresurarse.

El hombre que montaría instantes después en el aparato estrechó la mano de su amigo y compañero.

Una sonrisa llena de amargura se dibujó en sus labios.

—¿Cuidarás de ella, Inlet? —preguntó.

El ruido de los motores era muy fuerte, pero ellos podían hablar debido a que estaban muy cerca el uno del otro.

El llamado Inlet contestó afirmativamente, con un movimiento de cabeza. A continuación, añadió:

—Descuida, Willard. Os aprecio demasiado a los dos para negarme a ello. Mientras tú permanezcas fuera, yo haré lo posible para que no piense demasiado en cosas tristes.

Las dos manos se separaron...

—Dime una cosa, Inlet —la voz del que partía sonó vibrante de emoción—: ¿Crees que volveré?

Inlet vaciló unos segundos. La mirada de su compañero estaba fija en él. Apartó la vista, pero no tuvo valor para mentir a su amigo:

—No. Francamente, creo, Willard, que no. Si se tratara de luchar solamente... Los informes que tenemos de allá son desesperanzadores. Cada día mueren un montón de prisioneros. El hambre, las enfermedades. Ya cayeron dos de los nuestros intentando hacer «eso».

—De todas formas, yo trataré de vencer.

El piloto se impacientaba, y empezó a agitar los brazos.

Por última vez los dos amigos se despidieron.

—Cuídala, Inlet. Cuídala si yo no regreso jamás.

Willard Olbricht subió la escalerilla, penetrando en el interior del aparato.

Un sargento la quitó al instante. Inlet esperaba ver aparecer la cara de su compañero al otro lado de los cristales.

Al no ocurrir así, se apartó unas yardas. El potente avión empezó a deslizarse por la pista de cemento.

La niebla lo ocultó a sus ojos antes de que despegara.

Majestuosamente, el «Boeing

B-17»

remontó el vuelo. A pesar de la niebla, el avión era potente y seguro, según quedaba demostrado durante los últimos meses transcurridos de la guerra.

El pasajero miró a través de una ventanilla. Debajo de ellos se extendía una nube de niebla, impidiéndoles ver la ciudad de Nueva York, que abandonaban.

Pero en la mente de Willard iban desfilando los conocidos accidentes del terreno sobre el que volaban.

Se imaginó las agujas de los rascacielos perdiéndose poco a poco en la distancia, a medida que se adentraban en el mar libre.

Dentro de muy poco, la gran urbe sería tan sólo un punto perdido a sus espaldas, un punto en la inmensidad del océano.

¿Y después, mucho después? La primera etapa del viaje le llevaría ya al Viejo Continente, a Europa, a Inglaterra. Luego saltaría hasta Alemania. Y allí...

Tal vez entonces Nueva York fuese ya sólo un recuerdo en su mente, o tal vez un anhelo doloroso e imposible de realizar.

Una voz le sacó de su abstracción:

—¿Quiere echar una ojeada al periódico, señor?

El mecánico de vuelo le tendía un diario de la mañana.

—Hay excelentes noticias —añadió, especificando— un nuevo avance de nuestras tropas en Alemania. Los nazis no tendrán otro remedio que rendirse.

—La guerra toca a su fin —medió el navegante—. Antes de dos meses los aliados habremos ocupado toda Alemania. Será un gran día.

Willard rechazó el periódico. ¿Sería para ella, para Norma, un gran día aquél en que la alegría general llenara acaso de lágrimas su corazón recordando al hombre que no regresó?

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

II

LA LLEGADA



L soldado alemán vio por casualidad el hongo blanco que descendía sin el menor ruido del cielo.

Durante unos segundos permaneció con la cabeza levantada, fija la mirada en aquella sombra clara. No se distinguía al paracaidista, pero su casi exacta posición le marcaba la enorme sombrilla que bajaba lentamente.

Al principio, el soldado había creído confundirse, tomando por una nube lo que ahora distinguía con suficiente perfección para no dudar ya.

Instintivamente ciñó sus dedos a la metralleta ligera que llevaba, dispuesto a que la muerte sorprendiera de súbito al paracaidista.

Pero aún esperó, el arma preparada para ser disparada. El paracaidista tardaría unos minutos en tocar tierra, y estaba aún demasiado alto para tener la seguridad de que le iba a alcanzar de lleno con los disparos.

El soldado miró en torno. El aire, completamente calmado aquella noche, no podría desviar la trayectoria de descenso del misterioso visitante.

A su lado, junto al río, crecían unos juncos bastante espesos. Sin prisa, se escondió entre ellos, sacando la cabeza para seguir vigilando al inesperado enemigo.

El agua, muy fría y encenagada, cubrió los pies del soldado y sus botas hasta casi el borde superior. Por precaución sacó las bombas de mano, cuyos mangos penetraban en la caña de su bota derecha, y las puso junto a sí, en la hierba que rodeaba a los juncos.

Podía esperar tranquilamente a que el otro tomara tierra para acribillarle con la primera ráfaga de su ametralladora.

Un silencio denso e inturbado reinaba en torno al soldado. Por instinto, éste retuvo su respiración. Permanecía inclinado hacia el suelo, en una postura que recordaba la del cazador acechando su presa. El duro contacto del gatillo en su dedo índice le daba seguridad para lo que se disponía a hacer.

La luna rielaba en las aguas quietas del río. A lo lejos, en el horizonte, se divisaba un resplandor.

Al contemplarlo, los dientes del soldado alemán se cerraron con fuerza, y su mano se ciñó más a la metralleta. Eran los incendios de la última batalla. Y después de la noche tranquila, aquélla continuaría en tierra alemana.

Muchos de sus compañeros opinaban que no tenía importancia la invasión de Alemania por las fuerzas aliadas. Él sabía que era el fin; un fin que podrían retrasar algunas semanas aún, unos meses tal vez, pero inevitable ya.

Una nube ocultó a la luna, sumiendo en la oscuridad al terreno que se extendía ante el soldado.

El volvió a buscar con la vista al paracaídas. Poco a poco se acercaba en un descenso lento, más seguro. Caería en un espacio despejado de vegetación, a la derecha del bosque.

Incluso suponiendo que el enemigo le descubriera, no tendría tiempo de ponerse a cubierto. Mucho antes de que lograra ocultarse entre la espesura de abetos, las balas le alcanzarían, derribándolo.

El avión que debía haberlo lanzado tuvo que pasar por allí planeando con los motores parados y todas sus luces apagadas.

Ya distinguía el soldado el bulto del hombre suspendido del gran hongo blanco. Si esperaba unos pocos minutos más podría apretar el gatillo sobre el paracaidista, sin que éste tuviera la menor posibilidad de escapar.

La espera no se le hizo larga. Poco después, el paracaidista cayó hecho un ovillo sobre la hierba, a menos de diez yardas de los juncos.

La gran tela le ocultó brevemente, ya que, con toda rapidez, el desconocido surgió de debajo de ella.

Se trataba de un hombre alto y fuerte, a juzgar por su silueta contrastada contra el fondo del horizonte. Se había puesto en pie, y escudriñaba la oscuridad circundante, sin duda para cerciorarse de que nadie le había visto llegar hasta allí. Lo que más le extrañó al alemán oculto fue que vistiera de soldado; concretamente, con el uniforme de las tropas norteamericanas, y no trajera con él ningún arma, al menos visible.

El soldado yanqui se agachó, empezando a recoger el paracaídas con presteza. Debía ser un individuo experto en tal trabajo, ya que tardó muy poco tiempo en realizarlo.

La metralleta empuñada por el alemán empezó a levantarse entre los juncos. Desde su escondite veía perfectamente los movimientos del enemigo.

Aún esperó. Le tenía a su merced, y no quería precipitarse. Sin el menor ruido, con lentitud, quitó el seguro. Su dedo se ceñía al gatillo. La más leve presión haría surgir un chorro de fuego mortal del arma que empuñaba.

El norteamericano volvió a erguirse, después de plegar el paracaídas, y anduvo sin prisa hacia la línea oscura de los abetos.

Era el mejor momento para que las balas le alcanzaran. Al avanzar hacia el bosque en diagonal debía forzosamente acercarse bastante al río, en cuya orilla se escondía la muerte. Pero el alemán no llegó a disparar. De pronto, su dedo se aflojó, y el cañón del arma volvió a bajar muy despacio hacia el suelo.

Una idea súbita fué la causa de que obrara así el soldado germano. El paracaidista no le había descubierto. ¿No sería mejor seguirle sigilosamente, tratando de averiguar qué es lo que se proponía hacer? Lo más lógico era que el yanqui descendiera allí con una misión determinada; acaso con orden de establecer contacto con algún grupo de francotiradores o con los propios alemanes enemigos de Hitler, que en aquellos momentos —cuando los aliados habían libertado Francia y penetraban ya en territorio del Tercer Reich— empezaban a surgir de la clandestinidad, para entorpecer las maniobras de la Wermatsch.

Ni un solo momento perdió de vista el soldado oculto a su enemigo.

El que vestía uniforme norteamericano escondió el paracaídas entre los primeros arbustos del bosque, y surgió al poco de entre los abetos.

Debía conocer el terreno, porque se dirigió sin vacilación hacia el Este. Andaba deprisa, algo encorvado, sin duda para ofrecer menos visibilidad a cualquier vigilante enemigo.

El alemán abandonó su escondite, siguiéndole a prudente distancia. El otro no parecía darse cuenta de que le seguían, ya que ni una sola vez volvió la cabeza.

Cruzó el río más allá, por un puente de piedra medio destruido por la metralla, y siguió su ruta casi en línea recta.

Cuando el yanqui se internó en un pequeño bosque, su perseguidor acortó la distancia que les separaba. Pese a la oscuridad, podría ver en todo momento a su enemigo, que seguía avanzando con dirección Este, es decir, hacia el frente de batalla.

La extrañeza y el interés crecían paulatinamente en la mente del soldado alemán. No le hubiera chocado en absoluto que el paracaidista se encaminara en dirección contraria, es decir, alejándose de la línea del frente.

Llevaban cerca de media hora andando en el mayor silencio, cuando el yanqui se paró por primera vez. Estaba junto a una granja en ruinas, de la que apenas quedaba un montón de escombros. Ante el estupor de su perseguidor, el norteamericano dio la vuelta a las minas como si buscara algo. Lo hacía agachado, tanteando las piedras.

El alemán se acercó paso a paso, sin producir el menor ruido.

Empezaba a comprender —según su propio criterio— cuál era la misión del paracaidista. Con toda seguridad, alguien había escondido en aquellas ruinas «algo» que interesaba a los aliados. Y el soldado yanqui descendido en paracaídas tenía orden de recogerlo.

No podía explicarse de otra forma la extraña operación que realizaba de registrar una a una las piedras que formaran anteriormente uno de los muros de la granja.

Casi dejó escapar una carcajada el soldado europeo, pensando en la sorpresa que se iba a llevar su enemigo cuando cayera inesperadamente sobre él.

Los pies del alemán avanzaron sobre la hierba tupida sin descubrir su presencia.

Contra el fondo oscuro de las piedras calcinadas por el fuego se destacaba el bulto del que continuaba tanteándolas. Permanecía de espaldas al que se acercaba, muy distraído sin duda en su búsqueda.

Una voz rasgó súbitamente el silencio:

—¡Alza las manos! ¡Pronto, o te dejo seco!

La metralleta del germano apuntó al yanqui, que se volvió con lentitud.

Al parecer comprendía el idioma alemán, pues levantó ambos brazos sobre su cabeza, según le ordenaban.

Frente a frente, muy cerca uno del otro, los dos hombres se examinaron. En el rostro del alemán podía leerse la rabia. Las facciones del yanqui permanecían inalterables.

—¡Sigue buscando! —volvió a ordenar, secamente, el que empuñaba la metralleta.

El norteamericano no se movió. Su estatura aventajaba en más de un pie al que le amenazaba.

—Te vi descender en paracaídas y te he seguido hasta aquí. En cuanto apriete el gatillo, te dejaré convertido en un colador.

Hizo un ademán significativo de amenaza con la metralleta, para que su contrario terminara la labor que inició minutos antes.

—¿Qué es lo que buscas? Me lo vas a decir, y rápido además.

El yanqui abrió la boca por primera vez, para hablar en un alemán perfecto, sin deje alguno extranjero:

—Supongo que debo considerarme prisionero.

—Eso es mucho suponer. Supón, también, que aprieto el

gatillo...

Una sonrisa entreabrió los labios del norteamericano. Debía ser hombre de una serenidad pasmosa, pues ni durante un solo segundo había perdido el dominio de sí mismo.

—No dispararás, al menos hasta que haya encontrado lo que busco.

—De acuerdo —replicó el alemán—. Empieza ya. A propósito, ¿de qué se trata?

Brevemente, el yanqui miró a su enemigo. Le informó, lentamente:

—Unos planos de vuestras defensas.

—¿De qué defensas?

—De la primera línea más allá del terreno que os hemos arrebatado ya en la propia Alemania. Un espía nuestro las escondió entre estas ruinas, viéndose perdido.

—Será interesante para el mando. Anda; empieza ya.

La punta de la metralleta empujó el cuerpo del yanqui, que no ofreció resistencia, inclinándose nuevamente sobre las piedras rotas.

—Te ayudaré yo.

Al tiempo de hablar, el nazi metió la mano libre en un bolsillo de su guerra, y sacó una linterna plana.

El rayo de luz cayó primero sobre el norteamericano, resbalando por su uniforme.

—No tienes armas, ¿eh? —preguntó el germano, no descubriéndolas en el traje del yanqui.

La respuesta de éste fué, sin embargo, extraña:

—Sí; una pistola.

—Es igual; no te daré tiempo a usarla. En cuanto intentes echar mano de ella, dispararé.

Acto seguido, la linterna iluminó las piedras. El paracaidista siguió moviéndolas una por una, examinando cada espacio que quedaba libre debajo de ellas.

De esa forma perdieron bastante tiempo. Los planos no aparecían, y el alemán comenzaba a impacientarse. Rechinaba los dientes, seguro de que el otro trataba de engañarle.

Se lo dijo sin rodeos, con tono amenazador.

El paracaidista demostraba poseer una gran serenidad, pues no se inmutaba ni ante su enemigo armado, ni siquiera por la situación

en que se encontraba.

—Habéis conseguido poner los pies en nuestro territorio —habló el alemán, dando así salida a la ira que debía llenarle interiormente—. Pero Alemania jamás se rendirá.

Una leve sonrisa de burla entreabrió los labios del paracaidista.

—Eso depende —dijo, sin alterar el tono tranquilo de su voz.

Su respuesta tuvo la virtud de aumentar la rabia que sentía ya el europeo.

—Tú no lo verás, desde luego.

La mano que empuñaba la metralleta la apretó con fuerza. La mirada del alemán se posó sobre el yanqui despreciativamente.

El hombre iluminado por la linterna comprendió que su captor no tardaría en hacer fuego sobre él.

Como si no se diera cuenta de ello, siguió removiendo las piedras, precipitadamente ahora.

De pronto dejó escapar un grito de sorpresa y, a la vez, de triunfo.

Sin duda, acababa de hallar lo que buscaba.

—Ya los tengo —aseguró—. Ahora no pensarás en quitarme de en medio, ¿eh? Como verás, no te engañaba.

El alemán se agachó, buscando con la vista el paquete de documentos.

—¿Dónde están? —preguntó al no descubrirlos, pese a que iluminaba con su linterna las manos del prisionero.

—Aquí. ¡Míralos!

Al hablar, el paracaidista levantaba una mano, vuelta al revés, como si el objeto de sus intereses permaneciera bajo su palma, sostenido por los dedos.

Se irguió súbitamente, con tanta rapidez, que el alemán no tuvo tiempo de impedirlo.

Y los puños del paracaidista entraron en juego a la velocidad del relámpago.

El derecho golpeó con fuerza terrible el mentón del alemán. Y cuando todavía se tambaleaba a efectos del puñetazo, el izquierdo le machacó la cara, entre los ojos.

Un fogonazo rozó el cuerpo del paracaidista. El golpe recibido entre los ojos había cegado al nazi, impidiéndole apuntar por lo que disparó a bulto.

Antes de que pudiera apretar por segunda vez el gatillo, unos brazos poderosos le levantaban del suelo. La linterna, caída entre las piedras, daba luz a los pies del paracaidista, firmemente afianzados en el suelo.

El alemán braceó en el aire, inútilmente, buscando sus puños la cara enemiga.

El grito de triunfo proferido por el agente aliado se confundió con el alarido de terror que dejó escapar la garganta del europeo.

Luego... El choque violento de un cuerpo humano contra las destrozadas paredes de la granja. Un quejido lastimero...

Eso fue todo. Unos segundos habían bastado al paracaidista para desembarazarse del soldado que creía tenerlo a su merced, bajo la amenaza de la metralleta.

Al incorporarse sobre el soldado, comprobó el vencedor que aquél se hallaba herido, imposibilitado para dar la alarma a cualquier patrulla alemana, o para impedirle seguir a él hacia su objetivo.

Le registró en busca de armas ocultas, y cuando tuvo la certeza de que no las poseía, se dispuso a alejarse.

El alemán debía haberse roto varios huesos al chocar contra las ruinas, o acaso la columna vertebral.

No disponía de tiempo el paracaidista para comprobarlo. Con toda certeza, sus compañeros le encontrarían con tiempo suficiente para salvarle la vida.

A los pocos minutos, la oscuridad envolvió al aliado.

Avanzó deprisa, seguro ya de que nadie vigilaba sus movimientos. De cuando en cuando se paraba, para tener la certeza de que no se desviaba del camino que le convenía seguir.

Media hora después, aproximadamente, hizo el primer alto. Un grupo de árboles le ocultaba. Escudriñó en torno a la oscuridad, sin descubrir nada sospechoso.

Se sentó sobre un tronco caído, y sacó del pecho un papel. Al proyectar la luz de un fósforo sobre él, apareció ante sus ojos un mapa. Era el de aquella comarca.

Lo estudió detenidamente, con la satisfacción pintada en el rostro.

No se había desviado más de un cuarto de milla desde que tomó tierra.

Al parecer, no disponía de mucho tiempo el paracaidista, ya que volvió a guardarse el mapa, reemprendiendo la marcha.

Por precaución había sacado su pistola, y la empuñaba, con el seguro quitado. Él tenía que realizar su misión por encima de todo. Cualquier otro encuentro con el enemigo no le cogería ya desprevenido.

Tiraría primero, y preguntaría después. Era lo mejor que podía hacer.

Cuando atravesaba terreno despejado, andaba agachado, irguiéndose si se metía en uno de los muchos bosques que existían en la región.

A sus pies, la tierra estaba removida como por un arado gigantesco. De trecho en trecho pasaba ante restos de vehículos.

Las huellas de la batalla aparecían dispersas durante varias millas.

Era tierra alemana, y los soldados del Tercer Reich la defendían palmo a palmo, a veces hasta agotar el último cartucho.

Muy lejos, en el horizonte, seguían ardiendo algunos incendios. Y el tronar del cañoneo retumbaba de rato en rato en el vasto silencio nocturno.

El norteamericano llegó junto a un pueblo abandonado. Todavía humeaban las casas, convertidas en un montón de ruinas.

No dio la vuelta a la aldea. La atravesó por los escombros, mirando ante sí con cautela.

Al otro lado, sacó nuevamente el mapa, guardado en su pecho.

Lo examinó con ayuda de otro fósforo, resguardado entre cuatro paredes sin techo, para tener la seguridad de que la escasa luz no pudiera descubrirle.

Estaba llegando. El sitio al que se dirigía, el final de su primera etapa, no distaba de la destrozada localidad más de un cuarto de hora de camino.

Al abandonar las ruinas se guardó la pistola. Ya no podría usarla ni siquiera si le sorprendían y tenía que defender su vida. Ni siquiera si se veía perdido.

En caso de que ocurriera eso, debía luchar con sus puños y salvarse gracias a la astucia que empleara.

Tampoco avanzó como antes. Lo hizo casi arrastrándose, en una postura incómoda, agachado.

Le extrañaba que en aquellos parajes reinara el más absoluto silencio, cuando debía hallarse en curso una lucha sin tregua.

De pronto se quedó inmóvil. Frente a él, en la oscuridad, había creído percibir el brillo de varios aceros.

No se equivocaba. Instantes después oyó el ruido que producían varios pies sobre la tierra, acercándose. Se aplastó contra el suelo, y contuvo la respiración. Cuatro soldados alemanes pasaron muy cerca de donde se encontraba.

La pequeña patrulla llevaba las bayonetas caladas y efectuaba su ronda en el mayor mutismo.

Pasaron ante él rozándole casi los pies de ellos, iguales a sombras de la noche. Y de nuevo se perdieron en la oscuridad.

Él volvió a incorporarse, para seguir avanzando muy despacio, haciendo oído a cada paso que daba.

No tropezó ya con ninguna patrulla de vigilantes, pero vio en varias ocasiones concentraciones reducidas de tropas germanas.

Tuvo que dar varios rodeos para pasar más allá de los carros de combate enemigos, que esperaban sin duda la orden de lanzarse una vez más al asalto de la posición norteamericana cercada.

Al fin, después de una marcha lentísima por entre las filas alemanas que rodeaban a la posición, llegó a un gran espacio de terreno despejado.

Era la tierra de nadie. Más allá, emergiendo de la oscuridad reinante, se alzaban los cerros ocupados por aliados.

Parecían desiertos, tan silenciosos como la noche toda; pero el paracaidista sabía, que más de un millar de compatriotas suyos permanecían allí, ojo avizor, con los fusiles empuñados, esperando que llegara él.

El espacio de tierra que se extendía ante sus ojos estaba cuajado de embudos, dejados por las explosiones.

Las fuerzas cercadas disponían de morteros y cañones de pequeño calibre, y debían haber rechazado uno a uno todos los asaltos de los alemanes.

Arrastrándose por el suelo, el paracaidista llegó hasta un hoyo profundo, donde se dejó caer.

Todavía tendría que esperar. Consultó su reloj de pulsera, luminoso.

Eran, exactamente, las doce y veinte. Aún faltaba casi una hora.

De buena gana hubiera fumado un cigarrillo.

No lo hizo, sabiendo que satisfacer su capricho suponía un suicidio seguro.

Una escuadrilla de aviones aliados cruzó el cielo, sobre los riscos. Por el ronco zumbido de los motores, el hombre oculto en el hoyo adivinó que se trataba de aparatos de bombardeo.

Debían volar muy bajos, rozando casi las peñas, pues los alemanes ni siquiera intentaron molestarles con el fuego de sus antiaéreos.

Al restablecerse el hondo silencio, creyó oír su nombre, pronunciado por labios femeninos.

Por un momento vio a Norma caída en el suelo, agarrada con desesperación a sus piernas, para impedir que se fuera.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo interior para alejar de su mente la imagen que pugnaba por asaltar su memoria.

Habían transcurrido muy pocos días de la despedida, desde que él saliera en avión de Nueva York, y ya le parecía que le separaban de su patria varias semanas.

Sólo el recuerdo de ella permanecía aferrado a su memoria.

Los días transcurridos en Inglaterra, preparando minuciosamente su misión, constituían casi una pesadilla, la obsesión de que se iba a lanzar a ciegas a un peligro de muerte.

No lo sentía por él mismo. Estaba avezado a la aventura y el riesgo. Pero ella era distinto.

Willard Olbricht, el paracaidista lanzado un par de horas antes sobre Alemania, no se dio cuenta del transcurso del tiempo.

De improviso, un sonido extraño le hizo volver a la realidad. Se produjo sobre él. Fué algo semejante a un rasguído del aire, súbito, violento.

Al instante se produjo la explosión, más allá, entre las líneas alemanas que rodeaban la posición aliada.

El norteamericano consultó su reloj, extrañado. Sí; era la hora convenida.

Como obedeciendo a una señal, empezó el bombardeo de la artillería ligera, emplazada en los riscos.

Los obuses pasaban sobre él, estallando más atrás.

El rugido característico de los morteros aullaba, desecándose del cañoneo.

Daba la impresión de que era un acto de rabia de los cercados. Dispararon ininterrumpidamente durante cerca de un cuarto de hora.

Los alemanes sabían perfectamente que las tropas copadas en los riscos no disponían apenas de municiones, y no contestaron al fuego.

Cuando el eco de la última explosión se perdió en restablecido silencio, Willard salió del hoyo.

Había llegado su momento. Se arrastró hacia adelante, envuelto por la oscuridad.

Al levantar la cabeza vio que todo seguía el curso preparado de antemano. Un soldado de la posición había salido de las trincheras y empezaba a bajar hacia a tierra de nadie, en busca de los alemanes. En la mano derecha portaba un trapo blanco. En la izquierda una linterna, con la que iluminaba la bandera de la rendición.

Los alemanes no dispararon. ¿Para qué? Aquel hombre bajaba como parlamentario, para saber las condiciones que imponían los germanos.

Willard avanzó más deprisa, haciéndolo ya medio erguido. En aquellos momentos, todos los enemigos fijaban sus miradas en el que se dirigía hacia sus líneas con bandera blanca.

Él debía llegar a los riscos por uno de los costados menos visibles desde las posiciones nazis.

Cuando alcanzó la primera pendiente, el parlamentario atravesaba ya la estrecha faja de llano que constituía la tierra de nadie.



~~~~~

**¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!**

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

**JOVENES, MUJERES Y HOMBRES LEERAN  
P R O E Z A S**

### III

#### DEL F. B. I.



jadeando a lo alto de la pendiente. EGÓ Willard Olbricht

Gracias a un penoso entrenamiento, llevado a cabo antes de iniciar la primera parte de su misión, pudo escalar aquella altura en poco tiempo.

Pero el esfuerzo le había rendido, y se paró unos minutos, para tomar aliento, antes de reemprender la marcha por entre las rocas.

Estaba rodeado por la oscuridad y el silencio. Las primeras posiciones de las tropas yanquis cercadas no debían de estar a más

de diez o doce yardas ya de él.

De no saber que allí se hallaban los soldados, nadie lo hubiera sospechado siquiera, tal era la soledad aparente que reinaba en la sombría masa de los riscos.

Abajo, en el llano, tampoco se observaba la menor luz que delatara una presencia humana. El soldado aliado que bajó en dirección a las líneas germanas, provisto de la bandera blanca y una linterna, debía haber llegado a su destino, y en aquellos momentos iniciaría las negociaciones previas de rendición.

Todo marchaba, pues, según el plan del mando norteamericano.

Agarrándose a las peladas rocas, el paracaidista siguió escalando lo poco que le faltaba para encontrarse con las posiciones de sus compatriotas.

La metralla había arrancado los matorrales, dejando aquellas laderas completamente exentas de todo vestigio de vegetación.

Un viento helado, aunque no fuerte, le azotaba el rostro. Avanzó despacio, con precaución, ya que sólo los soldados que conocieran el secreto de su llegada debían verlo.

Una piedra rodó pendiente abajo, desplazada por sus pies. Él no volvió a moverse hasta que el silencio se restableció de nuevo.

Pronto tropezó con una zanja abierta en el suelo, entre dos rocas enormes.

Había llegado. Aquella trinchera estaba abandonada Intencionadamente, y él debía esperar allí.

Se agazapó contra una de las rocas, invisible desde el otro lado, es decir, desde la posición cercada, cuyas defensas empezaban allí precisamente.

Consultó su reloj de esfera luminosa, para cerciorarse de que no llegaba con retraso.

Un bulto surgió ante él, a dos yardas. La silueta del soldado aparecido demostraba que estaba de guardia, con un fusil ametrallador bajo el brazo.

El centinela escudriñó la oscuridad, mirando hacia la pendiente.

Sin duda era el que tenía que introducir al recién llegado hasta el oficial que mandaba la posición.

Willard surgió de detrás de la roca, acercándose al soldado.

Éste no experimentó ninguna sorpresa. Miró al paracaidista, esperando que hablara.

—«Al amanecer nos rendiremos» —dijo Willard la consigna.

Una mueca de aprobación se dibujó en los labios del centinela.

—Venga —le rogó, dando la espalda al hombre que esperaban, y penetrando en una especie de túnel que se abría entre las rocas.

Le siguió Willard, sin volver a pronunciar una palabra. El soldado le condujo hacia arriba. Avanzaban tanteando las paredes, pues ni un solo rayo de luz nocturna penetraba hasta allí.

Al salir al otro lado desembocaron en una pequeña plataforma natural, rodeada por enormes piedras.

Willard distinguió una batería, aunque no acertó a ver ni a uno solo de sus servidores.

El viento soplabla con bastante violencia allí. Debían encontrarse en un contrafuerte de la montaña. En uno de sus extremos se abría un boquete, cuya base llegaba al suelo.

El centinela le dejó pasar, informándole al tiempo:

—Siga derecho. Al final está el comandante.

Penetró Willard en un segundo pasadizo natural, abierto en plena roca. Al fondo brillaba una luz, que le guió.

Al acercarse distinguió una especie de habitación de reducidas dimensiones. Un hombre estaba sentado, ante una mesa. Las paredes, formadas por la roca, se hallaban repletas de mapas.

Sobre la mesa descansaba un revólver de grandes dimensiones, al alcance de la mano del ocupante de la pieza.

Willard se encontró con un individuo joven, demasiado joven, acaso, para ostentar el grado de coronel, que podía verse en su guerrera.

No se levantó al entrar el paracaidista, esperando que éste se colocara ante el sitio que ocupaba.

—Llega usted puntual. Le esperábamos.

Ese fué el saludo del oficial. Poseía una voz suave, casi infantil, en la que Willard creyó advertir un deje de ironía o disgusto.

No se había movido, y tendía la mano al paracaidista, esperando.

Willard sacó un papel del bolsillo de su chaqueta militar, entregándoselo.

Después de mirar aquel documento, el oficial dijo:

—Todo en regla. Es usted, sin duda, el hombre que debía venir.

Aplicó la llama de su mechero al papel, sosteniéndolo entre los

dedos. La foto del recién llegado tardó algo más en quemarse.

—El mismo avión que le lanzó a usted dejó caer hace rato el informe de su descenso.

Willard miró en torno, como buscando algo. El comandante de la posición comprendió sus intenciones, porque dijo, sin ocultar la rabia que traslucían sus palabras:

—Lo siento; sólo dispongo de esta silla, fabricada con cajones de munición.

Willard se dio perfecta cuenta de que aquel hombre se hallaba encolerizado.

—¿Es necesario que le repita las instrucciones?

Willard habló en tono seco, respondiendo así a la cortesía de su interlocutor, quien movió negativamente la cabeza, añadiendo:

—No. Me las han estado machacando desde que llegamos aquí —de pronto se incorporó sobre la silla, enfrentándose, retador, con Olbricht—. ¿Cree, acaso, que me hace alguna gracia representar este papel? ¡Maldita sea...!

Sus ojos despidieron un destello amenazador. Habló, escupiendo las palabras, rabiosamente:

—Nos costó un montón de bajas conquistar esta posición. Y todo, ¿para qué? ¡Bah! Apenas nos establecimos en ella, llegaron esas órdenes absurdas: el resto de la compañía seguiría el avance, dejando que los alemanes cercaron los riscos —respiró ruidosamente, y, al ver que no era contestado prosiguió—: ¡Maldita sea! —volvió a exclamar—. Nos quitaron las municiones de las baterías, para que no cayéramos en la tentación de salir de esta ratonera. Nos dejaron los víveres indispensables y las balas imprescindibles. ¡Valiente operación brillante! Tuvimos que dejarnos arrinconar aquí, como estúpidos, mientras nuestros compañeros continuaban avanzando por tierra alemana.

Cuando el oficial encendió un cigarrillo, aspiró un par de bocanadas, y lo arrojó al suelo, pisoteándola con su bota derecha.

—Y todo, ¿para qué? ¡Eh! ¿Para qué? Todo para esperar que usted llegara y rendirnos entonces. A veces pienso que el Alto Mando no sabe por dónde se anda.

—¿Ha hablado a cualquiera de los hombres que forman la tropa cercada en los mismos términos que a mí? —La voz Willard sonó como un trallazo, seca, autoritaria—. ¿Ha cometido la torpeza de

revelar el asunto a sus soldados?

—Maldita sea. ¡No! Aunque no me han faltado ganas de hacerlo. Me ordenaron que callara como un cadáver.

—Desde este momento, yo asumo el mando de la posición y la responsabilidad de cuánto ocurra.

El coronel saltó de la silla, movido por la rabia y la sorpresa. Su dedo índice señaló al paracaidista. Rompió a decir, precipitadamente:

—¡Usted! ¿Sabe usted, acaso, manejar un cañón? ¿Sabe algo sobre morteros?

—Mi nombre es Willard Olbricht, y pertenezco al  
F. B. I.

—le informó, con dureza, el agente especial—. Estoy llevando a cabo una misión trascendental, y no permitiré que ningún estúpido obstaculice mi trabajo.

El oficia enrojeció. Por un instante pareció dispuesto a lanzarse sobre el enviado. ¡Le había llamado estúpido!

Los ojos del hombre del  
F. B. I.,

se clavaron, retadores, en los del joven e impulsivo coronel.

—Debo advertirle —continuó en el mismo tono de voz, seco— que el Alto Mando me ha conferido amplios poderes. Puedo castigar militarmente cualquier acto de rebeldía.

Era una amenaza, una clara y terminante amenaza. El agente especial arrojó sobre la mesa un nuevo papel.

—¡Lea eso! Supongo que no le quedará ninguna duda, después de hacerlo, sobre lo que le estoy diciendo.

Los dedos del coronel temblaban al coger el papel, acaso de rabia o, tal vez, de temor.

El rubor encendido que cubría su rostro empezó a desaparecer apenas puso sus ojos sobre el segundo documento.

A través de él, en efecto, se otorgaban poderes ilimitados a Willard Olbricht sobre la posición y la totalidad de las tropas que la defendían.

Cuando las manos del oficial devolvieron el papel, aún temblorosas, una palidez total le cubría las facciones.

Se levantó con brusquedad, torpemente, y se cuadró ante el agente especial.

—Perdóneme, señor —se excusó, algo balbuciente. Su voz había cambiado por completo, pasando a sonar henchida de respeto—. Debe usted comprenderlo. Nos han machacado día y noche con su artillería, nos han vuelto locos a todos, y ni siquiera nos estaba permitido defendernos.

El hombre del

F. B. I.,

no era cruel de temperamento, por lo que aceptó con un amplio ademán de sus dos brazos las razones del oficial.

—Siéntese —le ordenó, suavizando el tono. Al verse obedecido, rogó ya—: ¿Puede ofrecerme un cigarrillo de los nuestros? Los que yo tengo son ingleses; una verdadera porquería.

Los dos hombres, que momentos antes se enfrentaban ásperamente, encendieron sendos cigarrillos de marca norteamericana, que el oficial sacó de su bolsillo.

Olvidándose de toda etiqueta, Willard tomó asiento sobre un extremo de la mesa.

—Creo poder comprender los motivos —dijo— que le han impulsado a obrar un tanto precipitadamente. Me doy perfecta cuenta de sus sentimientos. Usted, se había forjado la ilusión, muy humana, de seguir el avance en tierra alemana victoriosamente, al frente de sus tropas. Es el sueño actual de todo oficial yanqui. Y existe una gran diferencia entre vencer cara a cara a un enemigo poderoso y pasearse por sus ciudades conquistadas, y tener que esperar el fin de la contienda en un campo de prisioneros, expuesto cada día a la muerte.

—Sí. Debe ser eso —contestó el coronel—. Cuando recibí la orden de dejarme copar con mis hombres en estos riscos, sentía algo parecido al efecto de un golpe dado a traición en pleno vientre.

—En esta lucha, a cada uno nos corresponde representar un papel —generalizó el agente especial—. Lo que usted está haciendo no es menos meritorio que lo que tienen que llevar a cabo sus compañeros de armas. Yo, por ejemplo, no he empuñado ningún fusil, y, sin embargo, estoy seguro de servir a los Estados Unidos de una forma efectiva y valiosa.

De pronto, Willard se bajó de la mesa. Apenas llevaba mediado el cigarrillo, pero lo tiró, aplastándolo con el pie.

—Bien; no debemos perder más tiempo —empezó a hablar—.

Quiero tener la seguridad de que cuánto pase aquí, entre nosotros, no será jamás revelado por usted. Apelo a su palabra de caballero y de oficial del Ejército de los Estados Unidos.

El militar volvió a incorporarse, cuadrándose por segunda vez.

—¡Se lo juro! —aseguró, gravemente.

—La misión que me trae desde Nueva York es la siguiente: los soldados norteamericanos que capturan los alemanes en este sector son conducidos como prisioneros al campo de concentración de Buchenwald. No sabemos el motivo, pero es así. Nuestro Servicio Secreto de Información ha logrado averiguar los proyectos enemigos respecto a este campo y al resto de los que encierra Alemania. A medida que nuestras tropas, o las de nuestros aliados, vayan conquistando terreno perteneciente a la patria del Tercer Reich, acercándose a dichos campos, los alemanes los trasladarán más hacia el interior.

Escuchaba, puesta toda su atención, el oficial. Willard continuó, tras una breve pausa:

—Conocemos los resultados de estos traslados en masa. Aproximadamente, el sesenta por ciento de los prisioneros perecen en el camino. Sólo los más jóvenes y fuertes logran sobrevivir. Entre los cincuenta mil internados de Buchenwald hay un hombre cuyo valor para los aliados es incalculable. Se trata de un físico famoso, de nacionalidad alemana, que desde el primer momento se negó a poner su ciencia al servicio de Hitler. Ha sido trasladado de campo tres veces ya. No es joven, ni mucho menos. Los informes que han llegado hasta nosotros aseguran que se encuentra demasiado quebrantado ya, física y moralmente, para soportar el régimen del campo más de unos pocos meses. Las tropas aliadas penetrarán con rapidez hacia el corazón de Alemania. Lo cual significa que Buchenwald será trasladado, Y nuestro hombre morirá entonces con toda seguridad. Antes de que eso ocurra, nosotros tenemos que apoderarnos del físico y conducirlo hasta Inglaterra, sano y salvo.

—Creo que va a ser terriblemente difícil conseguirlo —opinó el oficial—. Yo casi aseguraría que imposible.

—Dos compañeros míos, del

F. B. I.,

han perdido la vida al intentarlo. Uno murió de hambre en Buchenwald. El otro fué descubierto, y jamás hemos vuelto a tener

noticias tuyas. Sospechamos que se mató antes de que le obligaran a revelar cuál era su trabajo en el campo.

—Y usted es el tercero...

—Exactamente. Mi padre era alemán, y yo conozco el país y hablo perfectamente la lengua germana. Tal vez por ello disponga de medios con los que mis dos camaradas no contaban.

—¿Se da cuenta del riesgo que va a correr?

—Sí; me doy perfecta cuenta. Un agente especial del

F. B. I.,

está siempre dispuesto a poner en peligro su vida, si su patria se lo pide.

El silencio reinó unos minutos en la habitación formada por las rocas.

Willard puso sus manos sobre la mesa, inclinándose hacia su interlocutor:

—¿Se han cumplido rigurosamente todas las órdenes que fueron dadas por el Alto Mando? ¿Todas? —recalcó.

—Bueno; verá —vaciló brevemente el oficial, confesando a continuación—: Nos dijeron que disparásemos hasta el último obús esta noche antes de la hora señalada para la llegada de usted a la posición. Pues nosotros..., yo... reservé unos pocos, por si la cosa no salía bien.

El agente especial le cortó en seco, enfurecido:

—¡No debe quedar una sola granada, ni de cañón ni de mortero! Ordene que las arrojen inmediatamente a cualquier barranco. ¡Los alemanes deben creer que nos hemos rendido al agotárenos las municiones, al no quedarnos ningún medio de defensa! ¡Que inutilicen esos proyectiles y los tiren! ¡Pronto!

El oficial se levantó con presteza, palideciendo de nuevo, para cumplir la orden en el acto.

—¡Espere! ¿Ha cometido el mismo error con los cartuchos de fusil?

—No. Apenas queda una docena a cada hombre.

—Menos mal. Recuerde una a una las instrucciones que le dieron. Recuérdelas hasta que tenga la seguridad de que han sido cumplidas al pie de la letra.

—Sí; desde luego. Todo lo hice como me ordenaron, salvo eso de los proyectiles de las baterías ligeras.

—Bien. ¿Qué órdenes dio al hombre que ha bajado a pactar la rendición?

—He enviado al teniente de la batería. Debía entretener a los alemanes para que usted tuviera tiempo de llegar hasta aquí. Después regresará a la posición, con las proposiciones enemigas, y yo bajaré a ultimar el asunto.

—Rendición incondicional. Eso es lo que propondrán los alemanes. Usted debe aceptarlas sólo después de discutirlo acaloradamente. No tenemos ninguna posibilidad de romper el cerco, y ellos lo saben tan bien como nosotros. Por eso no cederán un ápice en sus pretensiones. Acéptelas cuando les haya hecho creer que intenta por todos los medios conseguir alguna me jora, la que se le ocurra. No olvide una cosa.

—¿Cuál?

—Ni uno solo de nuestros soldados abandonará los riscos hasta poco antes del amanecer. Consiga este punto a costa de lo que sea. ¿Entendido? Es de primordial importancia que se produzca a esa hora la evacuación de nuestras posiciones.

El oficial puso cara de extrañeza. De nuevo volvían a ser para él un enigma las palabras del hombre del

F. B. I.

Willard le explicó a continuación su plan:

—Si salimos ahora, nuestras tropas se darán cuenta de mi presencia. Hay que evitarlo. Los nazis interrogarán a todos los prisioneros. Podría ocurrir que cualquiera hablara de mí. De abandonar esto cuando sea de día, ocurriría lo mismo. Poco antes del amanecer será todo diferente, La oscuridad me protegerá exactamente igual que ahora, y nuestros soldados no se pecatarán de que yo estoy entre ellos.

Se produjo en el rostro del joven coronel un segundo gesto de incompreensión.

—Hará usted una cosa —siguió diciendo el agente especial—. Al regresar de las líneas alemanas, informe a sus hombres de que hasta el amanecer no tendrán que rendirse. Indíqueles entonces la conveniencia de que descansen, pues les esperan jornadas muy duras. Exagere. Asegúreles que los alemanes disponen actualmente de pocos trenes, y con todacerteza les conducirán hasta el campo de prisioneros a pie, sin racionamiento y casi sin descanso. La mayor

parte de ellos no debe haber pegado un ojo estas últimas noches. Teniendo por delante varias horas, a ninguno se le ocurrirá desaprovechar la oportunidad de dormir hasta el alba. Les despertaremos pocos minutos antes de iniciar la evacuación de los riscos. Se levantarán medio atontados, y saldrán de la posición casi dormidos. Es lo que me propongo conseguir. Ninguno estará en condiciones de darse cuenta de que un tipo desconocido, yo en este caso, se ha agregado a su número.

La extrañeza que se pintaba, en la cara del coronel se convertía paulatinamente en un gesto de admiración por el proyecto del agente federal.

—¡Es un plan estupendo! —exclamó, sin reservas.

—Es, simplemente, lo que conviene hacer —fue la respuesta de Willard—. Si los alemanes llegan a saber que un hombre se ha unido a las tropas que defienden la posición, todo se derrumbaría sin remedio.

—Existe una dificultad, a mi juicio. Al congregarnos abajo, para efectuar el recuento y emprender la marcha hacia el cautiverio, mis soldados le verán a usted. Entonces será de día ya. Todas las precauciones resultarán inútiles.

—Los alemanes tienen la costumbre de diferenciar a los oficiales de la tropa. En cuanto lleguemos a sus líneas, separarán a los mandos de los soldados rasos. Según tengo entendido, aquí únicamente son ustedes dos oficiales: usted y el teniente de la batería.

—Así es, en efecto.

—El tercero de los oficiales soy yo. Traigo insignia; en el bolsillo para ponérmelas sobre la guerrera. Mientras duermen sus hombres, usted explicara al teniente la conveniencia de que el enemigo no sospeche siquiera que yo no pertenecía a las fuerzas defensoras. En cuanto a los soldados, no llegarán a verme. Pierda cuidado a ese respecto. Los alemanes no cambian con facilidad sus costumbres. Antes de que amanezca, usted, el teniente y yo estaremos lejos ya de la tropa.

Willard extrajo un cigarrillo de la cajetilla que dejara el coronel sobre la mesa, y lo encendió.

El oficial consideró acertadamente que la entrevista había terminado, por el momento.

Dando unos pasos hacia la entrada de la habitación, se dispuso a salir de ella para cumplir las órdenes que acababa de recibir. El agente especial le retuvo aún.

—A propósito. Aún no sé su nombre.

—Coronel Burton; Frank Burton, señor.

El del

F. B. I.,

le tendió la mano.

—Supongo que podrá usted olvidar la desagradable escena que hemos sostenido, ¿eh, Burton?

El joven coronel estrechó la diestra que el otro le tendía, y, por primera vez, una sonrisa apareció en sus labios.

—Desde luego, señor. Comprendo que me comporté como un chiquillo. Siempre sentí gran admiración por los agentes del

F. B. I.

De haber sabido desde el principio quién era usted...

Iba Willard a contestarle, pero aún dijo el militar.

—Será para mí un deber y un placer ponerme a sus órdenes, si es que en su misión puedo ayudarle.

—¿Sería usted capaz de hacerlo, Burton?

—Pondré todo mi interés en ello; se lo aseguro.

—De acuerdo. Tengo la impresión de que su ayuda ha de serme muy valiosa.

Un nuevo apretón de manos cerró el pacto. El agente especial era buen conocedor de las personas, tanto por experiencia como por intuición. Al dejarle solo el oficial, Willard sintió inesperadamente una gran simpatía por él.

~~~~~

¿EL MEJOR REGALO PARA SU HIJO?

¡UN ALBUM DEL F. B. I!

Magníficamente ilustrado y con textos interesantísimos,
por describir los métodos científicos de los agentes
especiales.

DE VENTA EN QUIOSCCS, A CUATRO PESETAS

IV

LA PRIMERA ACCIÓN



ABÍA transcurrido un mes desde el día en que Willard Olbricht llegara como prisionero de guerra al campo de Buchenwald.

Y aquella noche iba a entrar en acción por primera vez; iba a dar comienzo al proyecto que ahora, sobre el terreno, hundido hasta la barbilla en la terrible realidad del campo de concentración, le parecía casi imposible de realizar.

Treinta días de intenso esfuerzo, sin embargo. Sus ojos y su mente no dejaron de trabajar un instante durante ese mes que

llevaba en Buchenwald.

Al cabo de él, el agente especial podía asegurar sin lugar a error que conocía el campo perfectamente, palmo a palmo, escondrijo a escondrijo. Había espiado la vida de los guardianes, sus cuarteles, la prisión, los barracones donde se amontonaban los prisioneros, todo absolutamente.

Y el momento de actuar estaba llegando. Aquella misma noche se iba a producir dentro de poco más de una hora.

En el interior de la enorme barraca reinaba el silencio. Los internados descansaban, después de una jornada agotadora de trabajo forzado.

Fuera, los soldados de las S. S., realizaban la guardia. Cada veinte yardas, uno de los guardianes permanecía rígido, dentro de su capote, con las armas siempre preparadas.

Intermitentemente, cada quince minutos, el haz de luz de los reflectores resbalaba por las paredes de troncos, penetrando en el barracón a través de sus ventanas guarnecidas por barrotes de hierro.

El hombre del

F. B. I.,

estaba echado sobre la cama, vestido, alerta. El menor descuido podía significar el fracaso de lo que iba a realizar aquella noche; en realidad, la muerte para él.

Otro prisionero no dormía, como él, al otro lado de la barraca. Y cada vez que la luz de los reflectores lamía el suelo, añadía un número más a la cuenta que llevaba mentalmente. Se trataba del coronel Frank Burton, el oficial que había llegado a ser, en poco tiempo, un gran amigo de Willard, casi un hermano.

Así estuvieron mucho rato, como si durmieran igual que el resto de los prisioneros, en tensión, sin embargo, todos sus sentidos.

Willard oyó el ruido característico que producían unos pies arrastrándose. Sonrió en la oscuridad. No se había equivocado. Burton acababa de echarse fuera del catre, dirigiéndose hacia los lavabos, cuya puerta quedaba abierta durante toda la noche.

El agente especial se dispuso a seguirle, pero esperó aún unos segundos.

El haz de los reflectores había penetrado nueve veces consecutivas por las ventanas. Transcurrieron, pues, dos horas y un

cuarto desde que ellos las llevaban en cuenta. Y empezaron a hacerlo al toque de silencio.

Al cruzar ante ella, el cuerpo alto del coronel norteamericano se destacó brevemente contra el fondo algo más claro que enmarcaba una de las ventanas.

Willard puso sus pies en el suelo, y se levantó de la cama. Procurando hacer el menor ruido posible, se deslizó hacia el sitio que alcanzaba ya su compañero.

Segundos después, los dos penetraron en los lavabos, situados en un segundo barracón, adosado al que constituían los dormitorios.

Una luz, demasiado débil para vencer a la oscuridad de aquel interior, estaba colocada en el techo.

Con ayuda de Burton, el agente especial se encaramó hasta la única ventana.

Una red tupida de alambre cercaba aquel cuadrado que daba al exterior. Horas antes, al caer la noche, el coronel había desatornillado el recuadro de madera que sostenía la red.

El agente especial acabó quitando del todo los tornillos, que echó a su compañero.

Era Burton quién debía luego devolverlos a su sitio, para que los guardianes del campo, caso de investigar, no llegaran a averiguar el método que ellos usaron para salir al exterior.

A continuación, el joven militar subió también al montante, con ayuda de la mano que le tendió Willard.

Permanecieron allí, azotados sus rostros por el viento que se filtraba a través de la red metálica. El bramido del fuerte aire rasgaba el silencio nocturno.

De pronto, el del

F. B. I.,

tocó con el codo a su amigo. Había llegado el momento decisivo.

El haz de luz taladró la oscuridad, pasando por la ventana. Se posó en ellos unos escasos instantes, los suficientes, sin embargo, para que, de mirar hacia allí, cualquier vigilante los hubiera descubierto.

No podían evitar aquella posibilidad, y la arrostraban.

El cuchillo de luz siguió su curso. La oscuridad reinaba nuevamente en torno a los dos prisioneros.

Willard empujó el recuadro de la ventana, que cedió bajo la

presión de sus manos. El breve chirrido que produjo quedó ahogado por el rugir del viento.

Abajo, casi pegado a la gruesa pared de troncos, había un soldado.

El agente especial contrajo sus piernas, lanzándose acto seguido al vacío.

Había calculado con exactitud su impulso. Cayó sobre el vigilante con el peso de todo el cuerpo.

Una exclamación ahogada de sorpresa se escapó de la boca del alemán. Los dos hombres rodaron por el suelo.

El yanqui crispó sus piernas, en un desesperado intento por obtener una ventaja sobre su enemigo.

Al mismo tiempo, sus dos manos se ciñeron al cuello del soldado.

Sin reponerse aún de la sorpresa, el alemán pugnaba también por levantarse.

Pero aquellos dedos se clavaron más y más en su garganta, dotados de una fuerza que los convertía en garfios de acero.

Una maldición del vigilante se convirtió entre sus labios en algo parecido a un ronco estertor.

Braceó, tratando inútilmente de que le soltaran los tentáculos estranguladores.

Willard apretó aún más, hasta que sintió cómo el cuerpo enemigo empezaba a desplomarse, desmadejado.

Sólo entonces aflojó la terrible presión ejercida por sus manos.

El soldado cayó al suelo sin un gemido, como muerto, aunque únicamente había perdido el sentido.

Burton se tiró entonces desde la ventana, imitando a su compañero.

Los dos se inclinaron sobre el inmóvil guardián. Rápidamente le despojaron del capote y del uniforme.

Tenían menos de un cuarto de hora, exactamente lo que tardara en pasar otra vez por allí el reflector.

Sobre sus propias ropas, Willard se colocó las del vencido, a toda la prisa que pudo.

Recogió sus armas y su casco también.

—Ya sabes; llévalo junto al barracón de las mujeres. Cuando le encuentren sus compañeros creerán que le han despojado allí de

todo lo que llevaba. Es la única forma de que no sepan jamás la verdad.

En Buchenwald existía, al igual que en casi todos los campos de concentración alemanes, un departamento especial, dedicado enteramente a la diversión de las tropas de las S.

S. Era

una especie de «*cabaret*», con una orquesta y mujeres, reclutadas entre las prisioneras, que se avenían a realizar semejante «trabajo» por una relativa mejora en el trato y los alimentos. Los internados las consideraban los seres más abyectos, despreciándolas.

Ayudado por el agente especial, Frank Burton se echó sobre los hombros al soldado.

—Date prisa —le aconsejó Willard—. Debes dejarle y regresar cuando aún esté yo aquí. No olvides colocar la ventana como estaba.

—De acuerdo, Willard.

Habían hablado rápidamente y en voz baja. Instantes después, el coronel desaparecía con su carga en la noche.

Olbricht se irguió, colocándose el casco de su enemigo. Se ajustó el barboquejo y se puso el fusil entre los brazos.

En la oscuridad nadie le podía descubrir. Él estaba perfectamente cubierto, por el momento, bajo las ropas del soldado alemán. Pero temía por su colaborador. Si fallaban sus cálculos de tiempo, aunque fuese sólo en pocos minutos, Burton se vería obligado a permanecer fuera del barracón durante el resto de la noche y sería descubierto.

El agente especial respiró tranquilizado cuando el militar norteamericano apareció de nuevo junto a él.

—Todo en orden —anunció Frank—. Ahí están de juerga.

Se refería al «*cabaret*» junto al cual acababa de trasladar al vigilante.

—Mejor —se alegró el agente especial—. Mañana se armará un lío enorme. El propio soldado preferirá que crean que estuvo de jarana en vez de averiguar sus jefes la verdad. Si llegan a enterarse que fue sorprendido por un prisionero, le fusilarán. Por eso callará y salvará el pellejo, conformándose con que le envíen, por haber abandonado la vigilancia, a un batallón de castigo.

Burton se dirigió hacia la cercana puerta del barracón, ahora

libre de toda vigilancia. El del

F. B. I.,

le acompañó para cerrar la puerta, por fuera, tras él.

Antes de meterse dentro, el coronel apoyó su mano en el brazo de su compañero.

—Suerte, Willard.

—Gracias. Ya sabes: si no regreso, procura tú realizar la operación.

—De acuerdo.

Willard cerró la puerta, situándose cerca de ella, donde le correspondía al soldado vencido ejercer la vigilancia.

La primera parte de su plan había salido perfectamente. Pero el agente especial no se engañaba. Aún tenía que llevar a cabo lo más difícil.

Sintió ganas de reírse pensando en el soldado. Cuando abriera los ojos, encontrándose junto al «*cabaret*», no tendría más que dos soluciones: una, presentarse y hacer creer a sus superiores que abandonó el servicio para divertirse; la otra, tal vez la más lógica dada la situación en que iba a hallarse, consistía en desertar.

De todas formas, Willard estaba seguro de que el alemán jamás revelaría la verdad de lo ocurrido, por su propio interés. Abandonar su puesto de vigilancia era una falta grave, que sería castigada, sin duda alguna, con su traslado a primera línea de fuego, a un batallón disciplinario. Dejarse vencer por un prisionero estando de guardia solo tenía un castigo: el fusilamiento sin juicio antes de las veinticuatro horas.

Muy breve espacio de tiempo después de quedarse solo el agente especial, los reflectores volvieron a iluminar aquella zona.

Él sonrió. En un cuarto de hora junto habían salido del barracón, puesto fuera de combate al soldado y dado principio a la peligrosa tarea. Era un buen comienzo, que auguraba el éxito de su operación.

De pronto, el agente especial se quedó rígido. Unos pasos se acercaban hacia él situado aún el que los producía en la oscuridad.

Adoptó la clásica postura de los centinelas alemanes, juntos los tacones, el cuerpo tieso. Sus manos empuñaron el fusil, según las ordenanzas, para efectuar el relevo.

Dos bultos aparecieron frente al falso vigilante. Un cabo, el de

guardia, y un soldado se pararon al llegar a su altura.

—Ya era hora. Hace una noche de perros —les saludó Willard.

Su voz no temblaba. Sonó henchida de ansiedad, como si realmente fuese él el centinela que estaba esperando con impaciencia el relevo.

—Ahora podrás calentarte —le contestó el cabo, sin sospechar nada—. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna —informaba él en su perfecto alemán—. Salvo que aquí se queda uno tieso de frío.

El relevo se efectuó sin incidentes, en escasos minutos.

En el lugar ocupado por Willard se quedó el nuevo centinela, mientras el norteamericano se dirigía hacia el centro del campo en unión del cabo.

Al abandonar el resguardo de las construcciones de troncos, el viento soplabla con mucha más fuerza, impidiéndoles andar deprisa.

Conocía bien las costumbres de las tropas de guarnición, y por eso no se paró cuando, poco después, el cabo torció la dirección que llevaba, para acercarse a otro puesto.

Él siguió derecho hacia la gran verja de entrada. A ambos lados de ésta se alzaban las torres de vigilancia ocupadas por los oficiales.

Le faltaban pocos pasos para llegar. Inesperadamente, un potente haz de luz le cogió de lleno.

Otro menos habituado que él a la lucha, a salvar a veces su propia vida en la fracción de un segundo, hubiera sido sorprendido en aquella ocasión y realizado cualquier movimiento torpe, capaz de delatarle a los ojos de sus enemigos.

Pero Willard reaccionó instantáneamente, por instinto. El haz de luz le había cegado, y Willard bajó la cabeza.

Todo su cuerpo acababa de experimentar una crispación violenta; todos sus músculos se tensaron, alertas ante lo que podía pasar entonces.

Un solo movimiento de vacilación le hubiera perdido. Lo comprendió al mismo tiempo que sus pies volvían a avanzar sobre la dura tierra del patio.

Los que encendieron el foco, proyectándolo contra el agente especial, no tuvieron tiempo de verle la cara. Habían oído sus pasos, acercándose, y por precaución quisieron cerciorarse de que el que llegaba era uno de ellos.

Aprovechó que el viento le azotaba con fuerza para ladear la cabeza, medio agachada sobre su pecho, y atravesar así el corto espacio que le faltaba para alcanzar la verja.

Los guardianes de la entrada al recinto del campo apagaron el foco, seguros ya de que aquel soldado acababa de terminar su turno en la guardia.

Un sargento le franqueó el paso, luego de que el falso soldado hubo saludado, con rigidez, según era costumbre entre los miembros de las S. S.

Tras los pasos del agente especial volvió a cerrarse la verja, y los vigilantes reanudaron la guardia.

Willard avanzó en línea recta hacia una construcción, cuya mole se alzaba a unas quince yardas aproximadamente.

No volvió la cabeza. Aunque le envolvía la oscuridad nocturna, los que le vieron salir del campo podrían aún fijarse en él.

El cuartel de las tropas que guardaban Buchenwald estaba situado a mano derecha, al borde de la carretera que llegaba hasta la entrada misma del campo. Era un edificio grande y sólido, dotado de los últimos adelantos en materia de construcción.

Willard se dirigió hacia él, como si en efecto fuese un soldado alemán que acababa de cumplir con su deber y ansiara encontrarse cuanto antes a resguardo de la inclemente noche.

Al acercarse, su mirada escudriñó los alrededores del edificio, Hacía frío, y ni un solo soldado andaba por el exterior, lo cual facilitaba su labor.

Llegó hasta la misma puerta, al parecer para entrar por ella, y viendo que nadie podía vigilar sus movimientos, continuó, pegándose a la fachada.

A continuación apretó el paso. Poco después dejaba atrás el cuartel. Ante él se extendía un campo desierto, limitado el horizonte por la oscuridad.

Conocía bien aquello. En el mes que llevaba en Buchenwald había estudiado todo cuanto pudiera ayudarle en la arriesgada misión que tenía que llevar a cabo.

No necesitó orientarse en la oscuridad. Torció bruscamente la dirección seguida hasta entonces, alejándose del cuartel de las S. S.

El viento, muy fuerte, casi huracanado, le impedía caminar con la prisa que deseaba, pero, a la vez, era una ayuda para él.

En una noche tan cruda, con aquel aire que cortaba el rostro igual que el filo de un cuchillo, ninguno de los guardianes se aventuraría fuera del edificio, a menos que lo requiriera la necesidad.

Pronto llegó a las canteras. Durante el día, cientos de prisioneros realizaban allí un trabajo penosísimo, arrancando piedras y trasladándolas sin otra ayuda que dos anticuadas vagonetas y sus manos.

Aunque nunca anteriormente recorriera aquel camino, lo conocía a la perfección. En Londres había examinado un plano de todos los alrededores de Buchenwald, hasta que quedó grabado en su memoria hasta el más insignificante detalle de su topografía.

A la derecha nacía un camino, que debía llevarle, primero, a un bosque y después, al sitio al que se encaminaba.

Buscó entre las enormes heridas abiertas en el terreno la cinta blanca por la que se dirigiría, encontrándola con facilidad.

Al parecer, los mapas que poseían los ingleses sobre la región eran perfectos.

Media hora más tarde se adentraba bajo los árboles que señalaban el plano estudiado por él. Al otro lado del bosque estaba lo que buscaba.

Antes de salir otra vez a terreno abierto, permaneció un rato a la escucha. Se acercaba a su objetivo y todas las precauciones eran necesarias. El viento no trajo a sus oídos ningún ruido sospechoso.

Desde los árboles anduvo agachado, fuertemente empuñado el fusil que arrebatará al centinela. Si era sorprendido por allí no tendría más remedio que luchar a muerte.

La tierra que pisaba estaba labrada. Los pies del agente especial se hundían en el barro, lo que le dificultaba el avance a través de los surcos.

La atravesó, llegando a una acequia. El agua, manchada de fango, sonaba al correr por el canal de cemento. Al borde mismo de la acequia crecían los juncos y otras plantas. Un grupo de árboles impedía ver lo que se extendía al otro lado.

El agente especial saltó el pequeño obstáculo. Al caer en el borde contrario, sus botas resbalaron sobre el barro.

Cayó sin ruido, incorporándose enseguida. A continuación penetró entre los juncos, separándolos con las manos.

Procedía con infinitas precauciones, sin hacer el menor ruido.

En realidad, no sabía con certeza qué le esperaba más allá de los árboles. Según los planos que estudiara en Londres, debía encontrar una casa de labradores, una granja. Y en ella, al grupo de alemanes que transmitirían su mensaje por radio.

El Servicio Secreto aliado había llegado a un entendimiento con unos campesinos antinazistas, los dueños de aquella casa de labor. Desde hacía casi un año una emisora de radio estaba instalada en una bodega oculta de la finca, y ponía en contacto a varios agentes ingleses introducidos en Alemania con el Estado Mayor de Londres.

Dos meses antes todas las actividades que emanaban de la granja fueron suspendidas, con el fin de que ningún azar pusiera en manos enemigas el secreto que se encerraba en aquel lugar tan próximo a Buchenwald. La emisora descansaba desde entonces, y ni uno solo de los agentes aliados introducidos en el territorio del Tercer Reich se había acercado por allí.

Eso ocurrió a raíz del descubrimiento y detención del agente especial del

F. B. I.,

que precedió a Willard Olbricht en el intento de rescatar al hombre de ciencia internado en el campo de concentración. Entonces el servicio de contraespionaje alemán estuvo a punto, haciendo confesar al norteamericano detenido de descubrir la valiosa emisora instalada en la granja.

Y dicha emisora jugaba el principal papel en el rescate del profesor. Sin ella hubiera sido imposible intentarlo siquiera.

Pocos días antes de que Willard partiera desde un aeródromo aliado de Francia, para lanzarse en paracaídas sobre el frente de guerra, los colaboradores que ocupaban la granja habían recibido órdenes de esperar la llegada de un hombre, al cual obedecerían ciegamente, poniendo la emisora a su entera disposición.

Como era muy improbable que el agente especial pudiera empezar aquella parte de su trabajo en un plazo fijo de días, no se transmitió a la granja fecha fija sobre su llegada. Debían tenerlo todo preparado para cuando él se presentara; dispuestos a cumplir al pie de la letra sus instrucciones.

Cuando atravesó el pequeño grupo de árboles, el agente especial distinguió la casa. No lucía en ella una sola luz, dando la sensación

de que se hallaba abandonada.

Era una construcción de dos pisos, amplia como todas las fincas agrícolas. Varias dependencias, graneros y corrales cerrados, estaban adosados al edificio principal.

Ante la casa vio Willard algunos útiles de trabajo, y un tractor sin ruedas.

Dio un rodeo, estudiando el lugar. Tenía que introducirse en la casa como un ladrón, y darse a conocer después por medio de la consigna previamente acordada.

Existía el peligro de que los habitantes le tomaran, debido al uniforme con que se cubría, con un verdadero soldado de las S. S., recibéndole a tiros.

No tenía más remedio que correr el riesgo. Las instrucciones que recibió en Londres, antes de partir, del Estado Mayor conjunto aliado eran terminantes a ese respecto. Se presentaría de noche, introduciéndose en la casa sin llamar a la puerta, de la forma que le fuera posible.

En la fachada trasera descubrió Willard que la pared estaba cubierta por plantas trepadoras.

Los rectángulos de las ventanas y la puerta destacaban entre, las espesas enredaderas, semejantes a trozos de oscuridad.

Sin expresar en voz alta sus reflexiones, el norteamericano pensó que hubiera sido más sencillo penetrar en el edificio después de llamar a la puerta. Si los habitantes de la granja estaban esperándole, resultaba absurdo por completo meterse en ella subrepticamente.

La explicación que le dieron un mes antes sobre esta cuestión no le acababa de convencer: cabía dentro de lo posible que los nazis descubrieran la verdad sobre la granja, ocupándola antes de su llegada. En cuyo caso, llamar a la puerta, presentarse abiertamente, significaba caer con toda seguridad en la trampa tendida por los alemanes, puesto que éstos harían confesar a sus moradores que esperaban a un agente aliado.

Willard decidió escalar la pared provisto de enredaderas, juzgando que lo conseguiría con mucha más facilidad por aquel lado y más silenciosamente.

El examen que realizó de la casa lo efectuó arrastrándose por el suelo, al amparo de los útiles de la branza desparramados ante ella.

Se incorporó con lentitud, fijándose en la oscuridad que le rodeaba. Se dijo que era inútil tanta precaución, y dispuesto a terminar de una vez, dio un salto que le situó junto a la pared.

Con ayuda de sus miembros empezó a subir por las plantas trepadoras.

No le costó apenas trabajo llegar junto a una de las ventanas de la segunda planta. Las enredaderas debían tener muchos años, y soportaron el peso de su cuerpo.

Willard aplicó la frente al cristal, escudriñando el interior. No logró distinguir nada. Aquella habitación estaba sumida en la más completa oscuridad.

Había dejado abajo el fusil, para que no le dificultara la ascensión, pero desmontó la bayoneta, sujetándola en el cinto.

Se disponía a introducir la punta en la juntura de los dos cuerpos de la ventana, para forzarla, cuando oyó un ruido debajo de él. Creyendo que se trataba del viento, se dispuso a continuar su tarea.

Y por segunda vez volvió a oír aquello. No se había equivocado anteriormente. Estuvo seguro de ello a los pocos segundos.

Le llegó muy claro el breve chirriar de unos goznes. Alguien abría la puerta desde el interior.

Rápidamente, Willard se metió debajo del capote la bayoneta, cuyo brillo le hubiera delatado enseguida, y se aplastó contra las enredaderas.

Al mirar hacia el suelo distinguió a dos bultos que salían de la casa. Dos hombres. A juzgar por su gorra de plato de uno, éste era oficial alemán; el otro, sin duda, un campesino, uno de los habitantes de la granja.

Permanecieron inmóviles bajo el dintel de la puerta. Afortunadamente para el agente especial, no miraban hacia arriba. Caso contrario, le hubieran descubierto inmediatamente.

Hablaban en voz baja. El viento se llevaba el eco de sus palabras. Willard retuvo la propia respiración, intentando percibir lo que decían.

De pronto, al cambiar el aire, Willard oyó su conversación. La mano del norteamericano se crispó sobre el mango de la bayoneta que empuñaba.

—Hay que dejarle llegar —decía el militar en aquel momento—.

Es la forma más segura de cogerle, en cuanto aparezca, si es de noche, lanza una bengala. Mis hombres vigilarán continuamente desde el cuartel.

—Si supiéramos qué día piensa venir...

—¿Estás seguro de haber descifrado bien el mensaje?

—Sí. Esta misma tarde volvieron a usar la emisora para ordenarnos que estuviéramos alerta. Ese hombre, según decía el mensaje, se presentaría de un momento a otro.

Hablaban de él. Willard sintió que todo su cuerpo parecía erizarse, alerta para la lucha. Al mismo tiempo, una sonrisa de amargura se dibujaba en sus labios.

¡La emisora había sido descubierta! ¡La emisora se hallaba en poder del enemigo!

No podía interpretar de otra forma la conversación que sostenían bajo sus pies.

Todos sus esfuerzos resultaban inútiles; sus esfuerzos y su sacrificio.

Pero la verdad era más amarga todavía. Se abrió paso hasta su mente, mientras prestaba oído.

El campesino estaba de acuerdo con el militar. De haber sido sorprendidos los habitantes de la granja como espías o colaboradores de los espías enemigos no sostendrían aquella amigable charla sobre la forma de cazar al enviado del Alto Mando aliado. Lo lógico era que en aquel caso todos los moradores de la finca estuvieran ya encarcelados, cuando no muertos.

De golpe, Willard comprendió el enigma que hasta entonces envolviera a la desaparición del agente especial que meses antes intentara igual misión que ahora realizaba él. Le habían cogido a los pocos días de llegar a Buchenwald, es decir, en cuanto se acercó a la granja.

Ésta era, pues, una ratonera, una trampa hábilmente manejada por los alemanes.

El viento ahogaba nuevamente la conversación de los dos hombres. Cuando terminaron de hablar se despidieron con un apretón de manos.

El militar se encaminó hacia el camino, sin volver la cabeza. El campesino volvió a entrar en la casa, cerrando la puerta a sus espaldas.

Durante varios minutos el agente norteamericano permaneció inmóvil. Lo que acababa de saber revestía una trascendencia enorme para sus planes. Era, en realidad, un desastre.

Descendió al suelo en el mayor silencio, y recogió el fusil que dejara al subir por las enredaderas.

Una profunda arruga le cruzaba verticalmente la frente.

Su cerebro trabajaba sin descanso, lanzado a una frenética carrera contra el pesimismo y la desesperación.

A través de la oscuridad emprendió el regreso al campo.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Moré, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

V

SACRIFICIO



N Buchenwald existía un bosque de pequeñas dimensiones. Todos los que pasaron por el campo de concentración lo recordarán, si es que han sobrevivido a la terrible prueba.

Un bosque como todos, sin nada especial. Y, sin embargo, jamás los prisioneros habían visto en él a un solo pájaro.

Era la nota sobresaliente y extraña que caracterizaba a aquel grupo de árboles. Durante los varios años que duró Buchenwald «el maldito Buchenwald», como ha sido llamado por alguno de los supervivientes del terrible recinto, ninguno de los internados pudo

asegurar haber contemplado a un ave posarse en las ramas del bosque.

Estaba situado en el centro, separando las dos partes, denominadas «Pequeño campo», el de los enfermos, y «Gran campo», el de los demás prisioneros.

Willard Olbricht quedó citado allí con su compañero, el coronel, para la mañana siguiente a la noche en que llevó a cabo su primera, acción.

Se reunieron en medio del patio y, hablando de cosas intrascendentes, se encaminaron despacio hacia el bosque.

Sólo cuando estuvieron bajo las ramas, sin nadie cerca de ellos, Burton interrogó a su amigo.

En el rostro del agente especial nada delataba el estado de ánimo después de la incursión que llevara a cabo horas antes. Sus facciones permanecían inmutables, rígida como una máscara su cara.

—¿Que tal, Willard? ¿Conseguiste transmitir el mensaje?

El del

F. B. I.,

miró en torno antes de contestar a las preguntas, asegurándose de que nadie podía escucharles.

Se pasó la mano por los ojos, y dijo:

—No. La granja está en poder de los alemanes.

La mirada del militar se clavó en los ojos de su amigo. No podía comprender que Olbricht hubiera guardado en silencio aquello durante el rato que llevaban juntos.

Al principio pensó que se trataba de una broma. Pero la gravedad que brillaba en las pupilas de su compañero le convenció de la verdad.

—Pero..., pero eso significa... —balbució, con la voz trémula de ansiedad.

—Significa que no podemos hacer nada, absolutamente nada, de lo proyectado.

—Entonces..., has fracasado.

Willard se sentó en el suelo. Buscó en los bolsillos de su uniforme de prisionero hasta encontrar medio cigarro.

El coronel sintió entonces una gran admiración por el hombre a quien en el primer momento aborreciera. Sólo una persona de gran

temple era capaz de permanecer serena después de que se derrumbaran todas sus esperanzas.

—No —dijo Willard, contestando a la pregunta de Burton, cuando exhaló la primera bocanada de humo—. Mientras existe una gota de sangre en las venas no debe uno entregarse al fracaso. Muchas veces, durante mis actividades de agente del

F. B. I.,

me he visto acorralado y casi perdido. Sin embargo, todavía estoy con vida y llevando a cabo una misión. Se ha cerrado una puerta para nosotros, pero debe existir otra, tenemos que encontrar otra.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Después de llegar a la granja. Las instrucciones que me dieron eran de penetrar en ella sin llamar. Anoche me reía de semejante precaución. Pero es la que me ha salvado el pellejo. Yo debía meterme en la casa y luego darme a conocer. Escalé una de las paredes; cuando iba a forzar una ventana se abrió la puerta y salieron dos tipos, uno vestido de militar, con gorra de plato. Hablaron debajo de donde yo estaba, sin sospechar que los oía. El otro era uno de los campesinos.

—Ya. ¿Qué dijeron?

—Me estaban esperando. El oficial dio al de la granja órdenes concretas sobre la forma de actuar en cuanto yo me presentara. Tuve deseos de penetrar en la casa y dar un susto a esos traidores.

—Tanto trabajo para eso. Te costó casi un mes madurar el plan, y todo...

—No es que los alemanes se hayan apoderado de la emisora. De ser así, los habitantes de la finca hubieran dejado de existir ya. El campesino habló con entera normalidad con el oficial. Sospecho que desde que entramos en contacto con ellos, cuando se instaló la emisora, esos tipos trabajaban ya para los alemanes. Nos han estado engañando todo el tiempo, mientras se servían de nuestros mensajes. Una jugada inteligente.

—Me cuesta trabajo admitirlo. Según tus informes, la granja ha trabajado activamente de acuerdo con nuestros agentes introducidos en Alemania. ¿No se referían a otro asunto? Tú mismo me dijiste que algunos soldados solían acercarse de cuando en cuando por la granja.

—No. Quise tener la certeza de que no me equivocaba, y seguí al

oficial. Se dirigió hacia aquí. Al penetrar en el cuartel de las S. S., se cruzó con dos soldados que salían. Yo estaba escondido cerca, entre unos matorrales. Se cuadraron ante él, saludándole. Aquel oficial pertenece a la guarnición del campo. Y entre éstos no hay ningún agente nuestro.

—¿Qué piensas hacer ahora, Willard?

—Mi misión consiste en sacar de este infierno al profesor, vivo. Sé en qué barracón está y cada paso que da. No resistirá muchas semanas más. Se halla completamente agotado. Las penalidades que sufre resultan más fuertes que su organismo. Si quiero rescatarle tiene que ser pronto, o sólo me llevaré un cadáver.

—Eres admirable, Willard. Se ha producido lo peor y tú sigues confiando en vencer.

Los labios del agente especial dibujaron una sonrisa.

—No, Burton: nada de eso. Sé que tengo una posibilidad entre mil de escapar con vida de Buchenwald. Y deseo que mi vida sirva para algo si he de perderla.

—Eres un luchador formidable. Estoy seguro de ello, Willard. Porque perteneces al

F. B. I.,

y por lo que hiciste anoche.

—No me asustan los alemanes. He peleado muchas veces con tipos peores, con hombres desesperados cuyo único anhelo era ya morir matando. Pero no existe ninguna defensa aquí contra las enfermedades. Tú sabes que cientos de prisioneros perecen cada jornada. —Tifus, disentería, el hambre atroz que padecemos. Tú y yo lo resistimos bien hasta ahora, porque hace poco tiempo que llegamos. Dentro de unas semanas seremos esqueletos como los cincuenta mil internados que hay aquí.

Tres prisioneros pasaron cerca de donde estaban ellos. Andaban arrastrando los pies, sin fuerzas ya para levantarlos del suelo. Eran algo menos ya que seres humanos. Cubiertos de harapos sus cuerpos, con las caras y las manos llenas de costras.

El joven coronel apartó la vista para no contemplar el triste espectáculo que formaban aquellos tres desgraciados. ¿Cuánto tiempo resistirían aún, en semejante estado de depauperación, en las rigurosas y penosísimas condiciones de vida a que se hallaban sometidos?

Willard los señaló con un breve movimiento de cabeza.

—Eso seremos tú y yo dentro de poco Frank. Eso o algo peor.

Durante varios minutos guardaron silencio.

Willard inquirió al rato:

—¿Qué ha ocurrido del soldado? No parece que haya promovido ningún escándalo lo que ocurrió anoche.

—No lo sé. Al levantarme, esta madrugada, anduve por los alrededores del «*cabaret*». Ni rastro de él. Por otra parte, los guardianes de turno parecen ignorar el asunto. Nadie ha dicho nada.

—Acaso recobró el sentido antes de que le descubrieran y prefirió desertar, sabiendo lo que le esperaba. Un batallón de castigo, en primera línea frente a los rusos, no debe ser nada agradable.

—Desde luego. Ni siquiera en el «*cabaret*» parece haber cambiado nada. De cogerle anoche a la puerta, donde le dejé tendido, los de las S. S. hubieran tratado de averiguar qué le pasó. Tu suposición era acertada. Él hubiera intentado hacer creer a sus superiores que abandonó la guardia para divertirse un rato en aquel tugurio. Y todas las mujeres lo habrían pasado mal. Sin embargo, nada parece haber cambiado allí.

De pronto, el agente especial se levantó.

—Vamos —dijo tan sólo, empezando a andar hacia el lindero del pequeño bosque.

Burton le siguió, preguntándose qué le ocurriría a su compañero. La conversación que sostuvieron no tenía en realidad nada de trascendental.

Varias veces el coronel habría encontrado fija en él la mirada de Willard. Éste se comportaba de una forma algo extraña.

Avanzaron en silencio por el camino que miles de pies habían trazado a través del bosque.

El agente especial miraba hacia otro lado de donde iba el joven militar, como si tratara de no encontrarse con su mirada.

Se paró en seco cuando iban a dejar a sus espaldas los árboles, enfrentándose bruscamente con Burton.

En los ojos del agente especial brillaba un fulgor indescifrable.

—Aún no te he dicho, Frank, la verdadera importancia que tiene en este juego la emisora de la granja.

—¿Y bien?

—Sabes únicamente que yo tenía que transmitir por ella un mensaje al Estado Mayor norteamericano de Londres. ¿Has imaginado cuál es este mensaje?

—No, la verdad. Me di cuenta de que tú me lo ocultabas, y no quise interrogarte.

—En Londres están esperándolo. Mientras no llegue hasta ellos, todo esfuerzo resultará inútil. En él yo tengo que dar el día y la hora en que voy a intentar el rescate del profesor.

No quedaba claro el asunto, y Burton esperó que el del F. B. I., continuara.

—Vamos a intentar sacarle de aquí por medio de un avión. El mensaje contendría el momento exacto en que yo deseo que ese avión aterrice en Buchenwald.

—Pero eso es una locura, Willard. Jamás lo conseguiréis por ese medio. ¿Cómo va a aterrizar un avión aliado en el campo, repleto como está de soldados armados? ¡Es una locura!

—Si ese mensaje pudiera llegar a Londres, el avión aterrizaría. Tengo la certeza de ello, Frank.

—¿No sería mejor huir del campo con el profesor? Me parece mucho más fácil.

—No. El profesor no resistiría ni siquiera la primera marcha. Sólo existe un medio de rescatarlo: el avión.

La mano de Willard se posó en el brazo de su compañero.

—Sólo existe ese medio, Frank —recalcó, fijo en el coronel—. Y hay una forma de transmitir el mensaje.

—No acabo de comprenderte.

Los dedos del agente especial se clavaron en el brazo que ya tocaban.

—Un día me prometiste ayudarme, sabiendo lo que significaba esa promesa.

—Sí; lo recuerdo.

—¿Estás dispuesto a todo?

—¿A qué todo?

—Verás: uno puede llegar hasta la emisora. El que vaya caerá en poder de los alemanes. Pero logrará radiar el mensaje. Su vida a cambio de transmitir el mensaje.

El coronel retrocedió un paso, movido por el estupor. A continuación, una breve carcajada surgió de su garganta.

—Estás loco, Willard; rematadamente loco. Estando la emisora controlada por los nazis, ¿cómo transmitirlo?

—A ellos no puede interesarles que en Londres sospechen que la han descubierto y que la usan para sus fines. Al que vaya le dejarán radiar el mensaje, siempre que éste pase por sus manos antes. Sólo después le detendrán. Su juego consiste en que la emisora continúe funcionando. Es para ellos una ratonera, una trampa formidable para cazar a los agentes aliados.

—Sí; tal vez ocurra de esa forma.

—Es una posibilidad —insistió el agente especial—, la única posibilidad que nos queda de transmitirlo.

—¿Has pensado... en mí?

La voz de Burton temblaba de emoción. No ocultaba el estado de ánimo en que se encontraba.

—Sí. Uno de los dos debe intentarlo. Yo tengo que vivir aún, para rescatar al profesor. Tú solo puedes sacrificarte.

El sudor empezó a perlar la frente de Burton. Sacó un poco de tabaco de su bolsillo y un papel, empezando a liar un cigarrillo. Antes de hacerlo, sus propios dedos rompieron el papel, dejando que el tabaco cayera sobre sus pantalones.

—¿Era eso lo que intentabas decirme?

—Sí. Desde, hace rato. Yo juré entregar mi vida, si era necesario, en el servicio de mi patria; lo juré ante la bandera. Tú prometiste únicamente defenderla. No tienes la obligación moral de hacer lo que te pido. Puedes negarte a ello. En realidad, no té reprocharía nada.

—Escucha, Willard —estaba excitado el militar. Palidecía intensamente—: ¿y si no fuera?

—Anoche estudié con detenimiento la situación, luchando contra la desesperanza. Sólo me quedaba una salida: tú. Lo planeé pensando en que tú ibas a aceptar.

—Bien, Willard; creo que iré allá. Somos unos condenados. Estamos condenados a muerte. No saldremos vivos de Buchenwald. El sesenta por ciento de los que ingresan aquí caen de una forma o de otra. ¿Qué más da acabar un poco antes? ¿Qué más da morir acibillado a balazos que roído por la miseria y las enfermedades?

—Acaso estés diciendo una gran verdad, Frank. Al llegar aquí nos convertimos en condenados a muerte. Mi vida vale algo todavía, porque tiene un objetivo: salvar al profesor; arrancarle de este inmundo lodazal. Acepté la misión, cumplí con mi deber, e iré hasta el fin. ¿Qué más puede pedírsele a un hombre?

—¿Cuándo debo hacer eso?

—Mi plan es el siguiente: anoche, yo conseguí salir del campo; pero es demasiado arriesgado intentarlo otra vez. Lo mejor resultaría que te trasladaran al pequeño campo.

—Sólo los enfermos son destinados a él.

—Tú te pondrás enfermo. Hay un medio seguro: bebe agua. Tú sabes que el agua de Buchenwald es muy dañina. Algunos, abrasados por la sed, cometen la locura de beberla. Al día siguiente son presa de la disentería. Y aquí, ésa es una enfermedad terrible, casi mortal. En cuanto tú la tengas, te trasladarán al pequeño campo, con los enfermos y tarados. Estos salen a trabajar al bosque, por considerarlo los alemanes la tarea más floja. Desde allí te será muy fácil llegar a la granja. He observado que la vigilancia ejercida sobre los que cortan madera es muy pequeña. Te esconderás, esperando la llegada de la noche. Debes hacerlo antes de que la disentería te convierta en un hombre destrozado, sin voluntad ni fuerzas. Yo te daré el mensaje que debes radiar. Combinamos en Londres dos claves: una normal y sencilla, para caso de que todo marchara de acuerdo con nuestros planes; la otra, de un tipo especial, si existía el peligro de que cayera en poder del enemigo. Usarás esta última.

—¿Cuándo me darás ese mensaje?

—En el último momento, cuando todo esté dispuesto para que lo lleves a la granja. Debemos obrar con rapidez. Si tardamos muchos días en aparecer uno de nosotros, sospecharán que algo no marcha como creían.

—Yo estoy dispuesto a prepararme hoy mismo.

—Bien; ahora debemos separarnos. No conviene que puedan vernos juntos. Yo te vigilaré para saber cuándo está todo dispuesto. Únicamente entonces volveremos a hablar, para ultimar los detalles y hacerte saber el mensaje.

Willard iba ya a dar el paso que le separaría de su amigo. De pronto le tendió la mano. Un fuerte apretón selló el pacto.

—Creo que podré hacerlo, Willard —dijo, a modo de despedida, el coronel.

—No lo dudo, Frank.

—Al menos haré cuando esté en mis manos.

Una evidente emoción embargaba de temblor la voz de Burton. Se dio media vuelta, dirigiéndose, solo, hacia los barracones.

El agente especial le vio marchar, sin moverse él del lindero del bosque. En un rato de conversación se había decidido el destino de un hombre.

Willard sabía perfectamente que la muerte esperaba a su compañero, una muerte cierta. En sus labios se cortó la forzada sonrisa con que despidiera al oficial norteamericano.

Y era él precisamente, Willard Olbricht, quien le empujaba a ese fin.

Una vez más, el agente del
F. B. I.,
lo sacrificaba todo al cumplimiento del deber.

Había empezado a querer como a un hermano al coronel, y, sin embargo, le enviaba a la muerte.

Primero sacrificó su propia felicidad y la de la mujer que le amaba, la de Norma. Ahora sacrificaba a un gran amigo.

Y todo...

Sonrió amargamente, sintiendo que sombríos pensamientos invadían su cerebro.

Al empezar a andar, intentó desechar de su mente el pesimismo. Aún quedaba una posibilidad, una remota y única posibilidad de vencer.

¿Valía la pena cambiar dos vidas, la suya propia y la de Burton, y la dicha de una mujer por esa sola posibilidad?

VI

LA ÚNICA POSIBILIDAD



A noche era tenebrosa. Una oscuridad impenetrable lo envolvía todo. En el cielo, cargado de densos nubarrones de tormenta, no brillaba una sola estrella.

El viento, tan frecuente en aquella región de Alemania, Turingia, permanecía calmado desde hacía más de una hora. Frank Burton anduvo trabajosamente los pocos metros que le faltaban para llegar a la granja donde se hallaba la emisora.

Durante casi todo el día permaneció escondido, en una gruta natural, esperando que cayera la noche.

Apenas si podía tenerse en pie. Había contraído una semana antes la disentería, y sus fuerzas se agotaban rápidamente.

Ni una sola vez decayó su voluntad. Mientras avanzaba penosamente hacia la finca, arrastrando los pies, tiritando de frío bajo el uniforme de prisionero, sabía que sólo un gran anhelo de cumplir la palabra que dio a Willard Olbricht le mantenía vivo.

Resultaba extraño para él comprobar que una enfermedad, normalmente curable, aquélla que padecía voluntariamente, era en realidad lo suficientemente terrible para matar a un hombre joven como él.

No oía nada a su alrededor el enfermo. Ni siquiera el roce sobre la tierra de sus propios pasos.

Al agravarse de hora en hora su estado, estaba perdiendo el dominio de sus sentidos. Lo había notado, pero aquel detalle revelador del fin que le esperaba no podía importarle ya. Nada podía importarle, salvo llevar a cabo lo que prometió bajo palabra de honor.

Después... Sentía unos deseos tremendos de que todo hubiera ocurrido, para tumbarse en el suelo y descansar.

No hacía apenas frío aquella noche, pero el prisionero temblaba. Escalofríos dolorosos le cruzaban la espalda.

Al llegar ante la granja, se apoyó en el tronco de un árbol. Permaneció inmóvil varios minutos, hasta cerciorarse de que nadie le impediría penetrar en ella, si es que aún contaba con tuerzas para hacerlo.

No vio Burton que una sombra se había parado al mismo tiempo que él, siguiéndole de nuevo apenas continuó la marcha.

Aquella segunda sombra se movía con mucha más ligereza que la formada por el cuerpo de Burton.

Había seguido mucho rato al que se acercaba ahora a la granja, sin que el coronel pudiera descubrirla por las precauciones con que avanzaba tras sus pasos.

Cuando Burton empezó a escalar el muro de la casa, por las enredaderas, el agente especial surgió de la oscuridad, contrastada un instante su silueta contra el fondo algo más claro del cielo.

Era Willard Olbricht el que seguía a su compañero, con el mismo sigilo que si ambos fuesen enemigos.

Al instante, su sombra volvió a desaparecer, escondida entre los

arbustos que rodeaban a la finca.

Desde donde permanecía agazapado, el agente especial vio la penosa y lenta labor que llevaba a cabo el coronel.

Cada vez que lograba ascender unos centímetros, Burton tenía que pararse, para reponer con el breve descanso sus ya muy debilitadas energías.

Tardó más de un lento cuarto de hora en llegar el militar norteamericano a la altura de una ventana.

Desde su cercano escondite, Willard no perdía uno solo de los movimientos realizados por sus amigos.

Temía Willard verle caer desde lo alto de un momento a otro, incapaz de agarrarse con la suficiente fuerza a las enredaderas.

La bayoneta que arrebatara días atrás el del

F. B. I.,

al vigilante alemán brilló en las manos del que intentaba penetrar en la casa. Willard había ocultado el acero, la misma noche de su primera incursión, comunicando a Burton el escondite para que la empleara en forzar una de las ventanas de la granja.

Las maderas debieron ceder pronto a la presión de la bayoneta, a juzgar por el poco tiempo que tardó el coronel en abrir la ventana.

Después de otro breve descanso, Burton logró encaramarse sobre el alféizar. Al instante penetraba en el interior.

Sólo entonces abandonó el agente especial su escondite, imitando al que le precedía. Esperó unos minutos pegado al muro, antes de empezar a subir por las enredaderas.

A él no le costó trabajo llegar hasta la ventana. Burlón la había dejado abierta.

Todavía, Willard dejó transcurrir un corto espacio de tiempo, antes de meterse dentro. Al asomar la cabeza, con mucho cuidado, no distinguió a su compañero. Sin duda, Burton debía haberla abandonado ya, internándose por la casa en busca de sus moradores. Hizo oído Olbricht, aunque no percibió ningún ruido que le orientara sobre el camino seguido por el otro.

Reinaba en el interior de la casa un silencio absoluto. De ser una noche más clara, alguna luz hubiera penetrado por la ventana, iluminando, aunque débilmente, la habitación.

Ni siquiera hechos sus ojos a la oscuridad, pudo el agente

especial distinguir ninguno de los objetos que llenaban la pieza.

La atravesó, tanteando las paredes, muy despacio para no tropezar con ningún mueble. El menor ruido que causara podría delatarle a los ocupantes de la granja.

Pronto se encontró en un pasillo, sumido también en tinieblas.

No llevaba una sola arma, y estaba penetrando en una guarida enemiga, en una ratonera, preparada entonces para cazarle a él.

No sentía nada que pudiera siquiera asemejarse al miedo.

Por el contrario, desde el instante en que saltó dentro por la ventana, sus nervios parecían habérsele calmado de una forma prodigiosa. Incluso el pesimismo angustioso que le horadaba el corazón y la mente daba paso a una serenidad bienhechora.

Tal vez la costumbre obrara el cambio en su interior. Habitudo a la lucha, su instinto rechazaba cuanto pudiera estorbarle en la inmediata acción.

En aquellos momentos se encontraba en su elemento; rodeado por un peligro de muerte, y todo su ser reaccionaba favorablemente en el ambiente en que se movía.

Notaba cómo sus músculos estaban tensos, dispuestos a la menor orden de su cerebro, para iniciar la lucha.

Ni siquiera experimentaba la falta de armas. La energía de su organismo, aún integra, le prestaba el ánimo suficiente para enfrentarse al enemigo con la sola ayuda de sus puños y su inteligencia.

La preparación física a que se había sometido, como todo agente del

F. B. I.,

agotadora y completa, adquiriría entonces una importancia trascendental.

Recorrió el pasillo, tanteando también una de las paredes, y desembocó en una especie de «*hall*», del que descendía una escalera.

Una lámpara antigua y casi inservible, de cristal tan sucio que apenas dejaba pasar la luz de la bombilla, iluminaba demasiado débilmente aquella parte de la casa.

Para él, sin embargo, fué suficiente. De una ojeada examinó el sitio donde se hallaba. Por el aspecto de lo que contemplaba, la granja pertenecía a esas fincas de campesinos ricos, tan frecuentes

en Alemania. Las paredes estaban revestidas de madera, y la escalera debió en otros tiempos ser incluso lujosa.

Presentaba actualmente un aspecto de completo abandono, a consecuencia sin duda de la guerra, que arruinaba poco a poco a Alemania.

Willard recordó la causa de su padre, en la cual él viviera de pequeño, siempre que realizaba una excursión por su segunda patria.

Él amaba la tierra donde nació su padre. La amaba lo suficiente para no desearla ningún mal.

Tuvo ganas de reírse, al empezar a bajar la escalera, pensando que el Destino le llevaba por caminos opuestos a sus propias convicciones.

Él estaba luchando contra Alemania, y, sin embargo, sentía por el gran país centroeuropeo una gran admiración y no menor simpatía.

Incluso aquellos hombres de Buchenwald, los soldados que vigilaban el campo, llevaban en sus venas la misma sangre que él.

Nunca se le había ocurrido pensar que fuesen malos, como opinaban tantos de sus propios compatriotas. Estaban sosteniendo una lucha encarnizada, y en la guerra es difícil, casi imposible, mantener la propia integridad.

El curso de sus pensamientos se cortó en seco, al crujir uno de los peldaños por los que descendía al piso bajo.

Se aplastó contra la pared, con el cuerpo crispado por la alarma. Si alguno de los ocupantes había oído aquel ruido...

Retuvo la respiración, esperando con los músculos tensos. El silencio opresor y total se restableció nuevamente, y él acabó de bajar la escalera.

Desembocó en una habitación pequeña, sin duda en desuso, ya que allí se amontonaban los trastos viejos de la granja. Había cajones vacíos y trozos de muebles.

Le extrañaba no distinguir ante sí a Burton. El coronel avanzaba muy despacio, y, aunque él le siguió con cierto retraso, debía haberle alcanzado ya.

«Tal vez —pensó— ha tomado Frank un camino distinto del mío a través de la casa».

Iba a salir de la habitación de los trastos cuando oyó pasos que

se acercaban.

Antes de que pudiera esconderse, la puerta fué abierta desde el otro lado, y un haz de luz penetró en el cuarto, rozándole casi.

Dos bultos, de hombres, siguieron a la luz, dirigiéndose hacia la otra entrada de la pieza, con dirección a la escalera posiblemente.

No descubrieron a Willard, por una razón muy sencilla: ninguno de los dos hombres miró en torno.

El permanecía rígido, sin respirar, pegado a una de las paredes.

La linterna apuntaba al suelo. El que la empuñaba se iluminaba así el camino, sin preocuparse de nada más.

—Sube tú y lanza la bengala —habló uno de ellos, en alemán.

—¡Bah! —contestaba el otro—. No hay ninguna prisa. ¿Te has dado cuenta de cómo viene ese tipo? Aunque los soldados tardaran unas horas en acudir, no hay peligro de que escape. Cuando le encontramos, a poco de saltar por la ventana, estaba al límite de sus fuerzas.

Las voces de los dos moradores de la granja se alejaron. Pero Willard había oído lo suficiente.

Por lo que acababan de decir, estaban antes arriba, esperando en la oscuridad al agente aliado. Burton cayó, por tanto, en sus manos al saltar por la ventana. Por eso no le alcanzó él al internarse en el interior del edificio. Los alemanes le ayudaron, sin duda, a sostenerse en pie.

Antes de que los dos granjeros anduvieran muchos pasos, el agente especial los siguió. Tenía a su favor el que ellos obraban confiados en haber capturado ya al enviado de los norteamericanos.

La conversación sostenida por sus enemigos estaba formando un nuevo plan en el cerebro de Willard.

Vio, sin delatarse, cómo ellos se separaban ante la escalera que conducía a la planta alta. Uno, el de la linterna, se dirigió hacia una puerta, desapareciendo por ella al instante.

El otro empezó a subir los escalones. Al parecer, éste era el encargado de lanzar la bengala para avisar al cuartel de las S. S., que el agente que esperaban acababa de llegar.

Confundiéndose al ruido que producían sus pies al pisar sobre los viejos escalones, sonaron los de Willard, que le seguía de cerca.

No quería exponerse el agente especial a perder la ocasión que se le presentaba. Si tardaban en pegarse a los talones de su

contrario, éste podía desaparecer en la planta segunda, antes de que el del

F. B. I.,

aprovechara la oportunidad.

Por eso se arriesgó a que el otro le descubriera.

Le hubiera bastado para ello al alemán volver la cabeza y mirar hacia abajo, a la semioscuridad que reinaba en la escalera.

Bajo la débil luz proyectada por la vieja lámpara, los dos hombres llegaron arriba. El campesino torció por un pasillo, adentrándose al poco en una habitación.

No tuvo la precaución de cerrar tras de sí la puerta, creyéndose completamente seguro.

El agente especial avanzó paso a paso por el pasillo, con una lentitud para él desesperante y obligada, si quería acercarse a su enemigo sin que éste le oyera llegar.

Los pies de Willard apenas se apoyaban en el suelo, pues procuraba no descargar en ambas extremidades el peso de su cuerpo.

Lentamente, muy lentamente, recorrió el espacio que le separaba de su enemigo.

El campesino permanecía dentro de la pieza, sin encender ninguna luz. Debía conocerla bien, y no la necesitaba para lo que se proponía realizar.

Olbricht contuvo el aliento, al avanzar pulgada a pulgada su cabeza, para mirar por el hueco de la puerta.

De un salto podía penetrar en el cuarto, sorprendiendo al confiado alemán. Pero Willard quería estar seguro de que el otro no iba a tener tiempo siquiera para lanzar un grito cuando le atacara. Su triunfo dependía en gran parte de la rapidez y el silencio con que actuara.

En una de las paredes laterales respecto a la puerta se abría el hueco de la ventana.

Fuera, la noche seguía siendo tenebrosa. Ninguna claridad entraba a través de los cerrados cristales.

Reinaba un silencio inalterado dentro de la habitación, un silencio anormal, si aún permanecía allí el campesino. El norteamericano empezó a creer que su enemigo la había abandonado antes de que él atravesara el largo pasillo, metiéndose

por otra puerta.

De pronto, un fósforo brilló en las tinieblas. Las manos del campesino, que sostenían la cerilla, se destacaron en la oscuridad.

La pequeña luz vaciló unos instantes, sin llegar a apagarse. Guiándose por ella, el alemán se dirigió a uno de los rincones de la habitación.

Instantes después, una luz más potente desvaneció las tinieblas. El campesino acababa de encender una lámpara de petróleo.

Willard examinó a su enemigo, que permanecía de espaldas a la puerta. Era un hombre de mediana estatura, pero ancho de hombros. Como luchador, no resultaría nada despreciable.

La pieza hacia las veces de dormitorio. Había en ella una cama, tres sillas y una cómoda de modelo antiguo, uno de cuyos cajones abrió el campesino.

Al poco sacaba una pistola de cañón largo y modelo especial, desconocido para el del

F. B. I.

Oculto en el pasillo, Willard adivinó que se trataba de un arma para disparar bengalas.

Empuñando la pistola, el morador de la granja se acercó a la ventana. Con la mano libre, anduvo en ella. Sonó un leve chasquido. La falleba acababa de ser levantada.

Aún esperó el agente especial. No le convenía de ninguna manera que aquel hombre pudiera declarar luego que había sido atacado por un desconocido en el momento mismo en que se disponía a lanzar la bengala.

Claro que Willard podía matarlo. Pero matar así, a sangre fría, no entraba en los conceptos que regían los actos del agente especial.

Además, el campesino, su enemigo en tales circunstancias, llevaba la misma sangre que él. Antes de penetrar en la granja, no se le había ocurrido a Olbricht pensar en ello. Fué al ver la vieja escalera cuando los recuerdos de su infancia asaltaron su memoria.

Todos los habitantes de la casa eran alemanes; corría por sus venas igual sangre que por las del agente especial.

Para cumplir con su deber, iba a luchar contra ellos, desesperadamente, a muerte, obligado por las circunstancias; pero de ninguna manera quería convertirse en un asesino de los que, en segundo grado, eran sus propios compatriotas, los compatriotas de

su padre.

Por eso esperó hasta el último momento. El campesino abría ya de par en par la ventana.

Penetró por el hueco una ráfaga de aire. El alemán empezó a levantar el arma, para apuntar al cielo negro.

Entonces saltó hacia dentro Willard, como un felino, sin producir más ruido que el que hubiera hecho una puma al tirarse sobre su víctima.

Calculado con exactitud el salto, prodigioso para otra persona no entrenada a ejercitar los músculos cada día, el agente especial cayó inmediatamente detrás de su enemigo.

Al golpear el suelo, los pies del atacante le descubrieron. Pudo saltar sin ruido, pero es de todo punto imposible que caiga un hombre sin hacerlo, a menos que calce zapatillas especiales y el suelo se halle convenientemente preparado.

El alemán percibió el choque de algo contra la madera del suelo, y notó cómo le rozaba el aire desplazado por el ágil movimiento del norteamericano.

Rápidamente intentó volverse, para descubrir la causa de aquello. No llegó a ver nada. Un empujón violento lo lanzó hacia adelante.

Su cabeza encontró la pared, chocando contra ella.

Sin un gemido, perdido el sentido, el alemán se desplomó junto a la ventana.

Willard se agachó ante él, registrándole los bolsillos. Encontró una pistola automática, el modelo reglamentario usado por los oficiales del Ejército germano, que pasó a poder del norteamericano.

La de las bengalas había rodado por el suelo. La cogió, vaciando el cargador, también de un modelo para él desconocido, que contenía dos bengalas.

Las arrojó por la abierta ventana. De aquella forma, la señal no podía ser dada al cuartel. Debido a ello contaba ahora con una posibilidad más de triunfar.

~~~~~  
**¡ATENCIÓN!**

**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

triumfa una vez más al crear la inigualable  
Colección

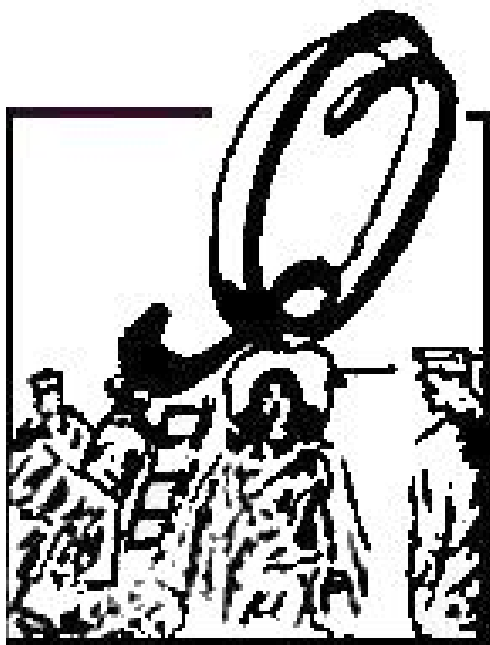
**P R O E Z A S**

Un género nuevo, interesante, para toda clase de  
públicos, como lo es el invencible

**F. B. I.**

## VII

### PROEZAS



UE la última ojeada al hombre tendido en el suelo lo que encendió la cólera contra sí mismo de Willard Olbricht.

¿Por qué? Él no pensó siquiera en preguntárselo.

Acaso le ocurría porque no deseaba hacer lo que estaba haciendo, porque un impulso interior, en realidad instintivo, luchaba en su ser contra lo que le empujaba hacia adelante.

Salió del cuarto, empuñando con fuerza la pistola alemana.

Y se dio cuenta, cuando atravesaba el pasillo, que flaqueaba su voluntad.

Aquel arma que empuñaba iba a disparar fuego mortal contra hombres de su misma sangre.

Sin embargo, llegó a la escalera que comunicaba las dos plantas, y empezó a descender por ella.

El instinto del deber es muy fuerte en un agente especial del F. B. I., demasiado fuerte para no vencer a cualquier otro sentimiento que intente ahogarlo.

Penetró luego en la habitación destinada a enseres desechados, adonde llegara rato antes, y siguió avanzando.

Ya no se movía con precaución, procurando no hacer ruido. Hubiérase dicho que deseaba inconscientemente ser sorprendido por el enemigo antes de que su dedo apretara el gatillo del arma que empuñaba.

Conocía su puntería, extraordinaria, sus dotes de luchar, poco corrientes. Se conocía demasiado bien para engañarse sobre el fin de aquella incursión. El caería —era lo más probable—; pero ¿cuántos de aquellos hombres hacia los que se dirigía le acompañarían en el último viaje, en el de la muerte?

«Uno de los agentes más peligrosos del F. B. I., cuando tenía un arma de fuego en la mano», le calificaban sus compañeros del Cuerpo.

Y no exageraban. Willard Olbricht poseía una virtud inapreciable para la lucha: jamás, en los años que llevaba al servicio de la Policía federal estadounidense, había, perdido el dominio de sí mismo.

Esa cualidad, su temple de acero, le convertía en un hombre difícilmente vulnerable.

Cuando el Estado Mayor del Federal Bureau of Investigation le eligió entre todos los agentes que hablaban la lengua germana, sabía bien a quién enviaba. De existir una posibilidad de triunfo, Willard Olbricht era el único que jamás la dejaría perderse.

Recorrió varias habitaciones más, igualmente desiertas. Los moradores de la granja debían estar confiados por completo en haber cazado ya al enviado de Londres.

En casi todas las piezas que atravesó reinaba la oscuridad. El agente especial se orientaba por los datos que recibiera antes de

partir de la capital inglesa sobre la caso. Pocos, desde luego: pero casi los suficientes para no perder tiempo buscando no extraviarse en aquel edificio sumido casi enteramente en tinieblas.

La entrada a las bodegas debía hallarse, según creía, en la parte trasera, junto a la cocina.

Cuando llegó a ésta, se dedicó a tantear el suelo de las piezas vecinas, en busca de la trampa que conducía a la cueva.

No disponía ni de linterna, ni siquiera de algunos fósforos. Debíó apoderarse de los que usara el que se proponía lanzar la bengala.

Con la mano derecha sostenía la pistola, mientras la izquierda tocaba las losas del suelo.

Al poco tropezó con una argolla de metal. Aquello debía ser lo que buscaba. Tiró de ella suavemente, comprobando que cedía.

Al abrirla un poco más, divisó un débil resplandor al fondo del negro hueco que iba agrandando al levantar la trampa.

Un murmullo de palabras llegó hasta sus oídos, aunque no pudo entender lo que decían, pues provenía desde demasiado lejos.

Dejando descansar el peso de la trampa de madera contra la pared, metió las piernas. Sus botas de prisionero tropezaron con una superficie lisa.

Al avanzar unos centímetros más, uno de sus pies encontró otra; después, una tercera.

Se trataba de una escalera, sin barandilla, pues no la halló tocando ambas paredes.

De nuevo la mayor precaución produjo sus actos. La proximidad del peligro devolvía la tranquilidad a su agitado sistema nervioso.

Paso a paso, procurando no escurrirse, fue bajando los escalones. El más pequeño movimiento en falso delataría su presencia a los que hablaban abajo.

Ya percibía con claridad la conversación que sostenían en la bodega.

—No te preocupes —hablaba uno de los campesinos, en un inglés bastante imperfecto, chapurreando cada palabra—. Nosotros tenemos medicinas, y te curaremos. Ya verás cómo te pones bien pronto.

El agente especial comprendió, por lo que escuchaba, que aquella voz se dirigía a Frank Burton, el falso enviado de los aliados.

—Tengo que transmi... tir el mensaje. Yo no aguan... taré mucho ra... to. Es necesario... el mensaje...

Era Burton quién acababa de expresarse entrecortadamente; por el tono de su voz podía adivinarse en qué estado de postración se hallaba.

Willard crispó sus dedos sobre el arma que empuñaba, sintiendo algo muy semejante a un estremecimiento recorrerle la espalda.

El joven coronel estaba interpretando a la perfección su falso papel de agente aliado. El precio de su acción era la muerte, que nadie ya podría evitarle.

La disentería había hecho rápidamente presa en su organismo, debilitándolo en pocos días hasta un extremo casi increíble. Las últimas fuerzas con que contaba Burton las empleaba, heroicamente, en ceñir en torno a su cuello la soga que debía estrangularle.

El del

F. B. I.,

siguió acercándose a la luz. La conversación que sostenían los alemanes con el coronel casi moribundo penetraba en los oídos de Willard; cada una de las palabras que balbucía su amigo, rogando fuese transmitido el mensaje cuanto antes, parecía convertirse en el cerebro del agente especial en un golpe de martillo.

Apretaba los dientes, para ahogar en su garganta un grito de rabia, una exclamación de pelea. La sensación que le hizo vacilar antes, al darse cuenta de que iba a luchar contra hombres de su propia sangre, se había desvanecido en su ser, dando paso a un deseo de lanzarse sobre el grupo de campesinos, para salvar a quien en un mes se convirtiera en casi un hermano para él.

Maquinalmente, sus pensamientos giraron en torno a eso solo: a la forma de sacar de la encerrona a Burton.

Una sonrisa henchida de tristeza animó brevemente su rostro. Salvar al coronel era ya tan imposible...

El mismo había empujado a Burton hacia la ratonera. El mismo le había forzado a que sacrificara su vida. Y ya era demasiado tarde para volverse atrás. Aunque consiguiera arrebatarse de las manos enemigas a su amigo, éste sucumbiría horas después, días después a lo sumo, víctima de la enfermedad que contrajo para ayudar a Olbricht.

La bodega estaba dividida en varias habitaciones. Al final de la estrecha escalera por la que bajó el del F. B. I.,

se abrían varios huecos a modo de puertas.

En el central se hallaba su compañero, rodeado por tres hombres vestidos con ropas groseras, sin lugar a dudas los dueños de la finca, los granjeros.

Desde donde estaba escondido Willard se divisaba sólo un trozo de la pieza. Una bombilla potente colgaba del techo, iluminando la habitación. Las paredes, desnudas, chorreaban humedad. Al fondo, contra uno de los muros, se encontraba la emisora.

Era un aparato más bien pequeño, construido por los ingenieros ingleses para usos de guerra. El agente norteamericano recibió, durante su corta estancia en Londres, instrucciones completas sobre su manejo, que no correspondía al usual en semejantes aparatos.

Él permanecía en la semioscuridad, sin que desde dentro pudieran verlo, mientras vigilaba lo que ocurría en la habitación.

Burton trataba de levantarse, señalando la emisora.

Uno de los alemanes se lo impidió, sujetándole por el brazo.

—Espera. Tenemos todo el tiempo que queramos para lanzar el mensaje. Aquí estás seguro. Descansa; se te ve muy agotado.

Un segundo campesino se inclinó hacia el enfermo.

—¿Cómo has podido llegar hasta la granja? ¿Eres prisionero de verdad, o te has apoderado de un uniforme de los del campo para venir?

Señalaba el número pintado sobre la tela, a la altura del pecho, del uniforme de Frank.

—Menos mal que te han ayudado —medió el último de los alemanes—. Tú solo no hubieras logrado llegar, ¿eh?

Willard comprendió el motivo de aquella conversación, aparentemente trivial. Trataban de sonsacar a Burton, para que confesara si actuaba en unión de otros agentes aliados.

—No —aseguró él, con voz muy débil, mintiendo—. He venido solo. Me lancé en paracaídas, para que me hicieran prisionero los de la Wehrmacht. Me condujeron a una prisión, y después, a Buchenwald. He tardado en venir porque me encuentro muy mal. No pude hacerlo antes.

Pese a su estado de agotamiento, el coronel no había olvidado

las instrucciones que le dio su amigo. Prosiguió, con evidente esfuerzo:

—Me he retrasado casi una semana. Es urgente el mensaje. Hay que enviarlo cuanto antes.

Willard vio cómo los tres campesinos cambiaban miradas de inteligencia.

—Escucha —habló uno—: nos comunicaron la llegada de un enviado, que debía transmitir ese mensaje. Pero no nos dijeron nada sobre cuál era, en realidad, su misión.

—Si a ti te ocurriera algo —continuó otro—, nosotros nos veríamos en la imposibilidad de llevar a buen término tu trabajo.

—Lo mejor —apoyó el tercero— es que nos comuniqués todo lo referente a la misión. Tú necesitas descansar. Puedes esconderte aquí, en la granja, y nosotros llevaremos a cabo el trabajo.

El enfermo movió negativamente la cabeza.

—No —confirmaba su ademán—. Es inútil. Con el mensaje termina mi labor.

—¿La has realizado ya? Bien; eso té valdrá una condecoración. Nosotros comunicaremos a Londres en qué estado has conseguido llegar hasta aquí. Tu esfuerzo merece una recompensa.

—Yo tenía que encontrar a un hombre —mintió Burton—. El Alto Mando creía que estaba en Buchenwald. Pero aquí no hay ni rastro de él. Jamás llegó al campo. El mensaje es para que continúe la búsqueda.

Durante casi un minuto reinó el silencio en la bodega. Los campesinos volvieron a mirarse, esta vez con el recelo reflejado en sus ojos. La explicación del coronel no debía satisfacerles.

—Oye —exclamó uno—: nos dieron orden de suspender todas las actividades hasta que tú te presentaras, para alejar de nosotros toda sospecha del contraespionaje alemán que pudiera entorpecer tu trabajo. Por eso creímos que se trataba de un asunto de gran importancia. Y tú dices ahora que tan sólo consistía en buscar a un individuo.

—El hombre al que se busca es un agente nuestro —mintió nuevamente Burton—. Cuando fué hecho prisionero, estaba en poder de importantes informes. Los que le detuvieron no lo saben. Y esos informes se necesitan urgentemente en Londres. ¿Comprendéis?

Los alemanes se sentían decepcionados. Esperaban apoderarse de una buena presa y se encontraban con un asunto sin la menor importancia.

Tal vez por eso, uno se levantó, ayudando al enfermo a que hiciera lo mismo.

—Enviaremos el mensaje —anunció—. No se sabe nunca lo que puede ocurrir.

Los otros le imitaron, abandonando los cajones sobre los que se sentaban.

Entonces pudo Willard Olbricht contemplarlos mejor: Hasta aquel momento habían permanecido casi de espaldas a él, vueltos hacia la radio clandestina.

Pertenecían los tres alemanes al clásico tipo de labriego centroeuropeo. Sus rostros no denotaban demasiada inteligencia, pero tampoco brutalidad. Uno era rubio, de un rubio ceniciento, sucio, y tenía la cara llena de pecas. El segundo de los campesinos mostraba el pelo cortado a cepillo. En él destacaban sus facciones todas, por lo prominentes. El último guardaba una semejanza extraordinaria con el del pelo rubio, pese a que el suyo era casi rojizo. No tenía pecas, como el que parecía su padre. Se trataba de un jovencito, de casi un muchacho, con un ligero brote de barba.

Los tres estaban armados igualmente. Una correa cruzaba su pecho, y a la altura del vientre colgaban las pistolas. De las tres fundas de cuero sobresalían parecidas culatas de revólveres.

El del pelo a lo germano tomó asiento ante el aparato, colocándose los auriculares. Debía ser el técnico.

Sus dos compañeros permanecieron a su lado, sujetando a Burton, cuyas piernas se negaban a sostenerle.

—La llamada es

S. T. V.

—aclaró el que se disponía a usar la emisora.

Efectuó la señal clave repetidas veces. Luego esperó casi cinco minutos, escuchando.

Debieron contestarle desde Londres, pues se volvió hacia el coronel, interrogándole:

—Todo listo. ¿Cuál es el mensaje?

Los labios de Burton empezaron a deletrear unas frases aparentemente inocentes. Los tres campesinos se miraron, con el

disgusto reflejado en sus semblantes.

—Ésa no es la clave —saltó el muchacho, impetuosamente.

—Es para identificarme —les informaba Frank, con tranquilidad, como si no advirtiera la hostilidad que vibraba en la voz del joven.

—No perdamos el tiempo —se impacientaba el técnico—. ¡El mensaje!

—«Reanuden el fuego, sin esperarme» —dijo el norteamericano el mensaje—. Repítalo tres veces, y cambie las «aes» per «úes».

—¿Qué significa esa variación?

—Que todo va bien.

El hombre sentado ante la emisora interrogó a sus compañeros en silencio, con la mirada.

El de las pecas hizo un ademán afirmativo con la cabeza, apenas perceptible.

Al advertirlo, el agente especial sonrió, oculto junto a la entrada de la bodega. No se equivocó en sus cálculos, sobre lo que iba a pesar. De intentar Burton transmitir un mensaje importante, o en una clave que los alemanes en poder de la emisora clandestina desconocieran, éstos no lo hubieran enviado jamás. Por otra parte, en la inocente frase que admitían enviar, se hallaba una clave, que no descubrirían: el cambio de la letra «a» por la «u» cuantas veces se repitiera la primera.

Era la señal que en Londres esperaban junto a la emisora, para recibir después un segundo mensaje.

Con un lapicero, el rubio pasó la frase de Burton a la clave que empleaban usualmente para comunicarse ellos con Londres.

A continuación, logrado esto, el de las pecas se la dictó a su compañero.

Burton desconocía por completo aquella clave, y no advirtió, por ello, que su mensaje quedaba completamente cambiado.

Lo que el técnico empezó a transmitir decía, simplemente: «Gestiones atrasadas. Continúo búsqueda agente perdido. Daré nuevas noticias».

No habían cambiado tampoco las vocales, según le indicó Frank. Pero Willard comprendió que en realidad, daba lo mismo. Los oficiales que recibieran el mensaje comprenderían al instante que allí ocurría algo anormal, por ser un mensaje que no tenía nada que ver, absolutamente nada, con la verdadera misión que el agente

aliado realizaba en Buchenwald.

—¿Tu identificación? —pidió, con sequedad, el técnico.

—«Tres V. Z.» —dijo Burton.

También radiaron el falso nombre que acababa de dar el coronel. Aquellas cifras no pertenecían a ningún agente, destacado en territorio alemán, al menos no correspondían a Willard Olbricht.

La farsa había terminado. Willard se pegó contra una de las paredes situadas fuera de la habitación de la emisora clandestina.

Adivinaba que los campesinos no permanecerían más tiempo allí, una vez que lograron su propósito.

El más joven, el muchacho casi imberbe, pasó su brazo musculoso por la cintura de Burton.

—Vamos —le animó—. Te daremos una cama para que descanses. Ya verás; traeremos medicinas apropiadas, y te curarás pronto.

Lentamente, el alemán anduvo hacia la puerta de la cueva, sosteniendo al enfermo, que no tenía ya fuerzas para mantenerse sobre sus propias piernas.

La oscuridad protegía al agente especial. La bombilla que colgaba del techo al final de la escalera no bastaba para iluminar aquellos sótanos. A menos que pasaran junto a él, era muy difícil que le descubrieran los granjeros.

—Acomódale bien —aconsejó el de las pecas al que debía ser su hijo.

En la voz del campesino se advertía la burla.

Willard vio que el otro, el del pelo cortado a cepillo sacaba su revólver, dirigiendo la boca del cañón hacia la espalda de Frank Burton. Le iban a matar a sangre fría, como a un perro. Iban a disparar casi a boca de jarro sobre su amigo, y Willard no podía, no debía hacer nada por impedirlo, a menos de descubrirse.

El campesino de las facciones prominentes y el pelo estilo germano no llegó a apretar el gatillo. Su compañero, el del cabello rubio ceniza, le dio un manotazo antes de que pudiera hacerlo.

El muchacho y Burton alcanzaban ya la puerta. De no encontrarse en aquel estado de gravedad, el coronel hubiera oído perfectamente las palabras que pronunció a continuación quién acababa de impedir su asesinato.

Willard, que estaba algo más lejos de ellos, las percibió con

claridad:

—¡No seas anima! El oficial querrá interrogar al prisionero. Sería capaz de fusilarnos si cometiéramos semejante torpeza.

A regañadientes, el otro volvió a enfundar el arma.

Oculto en la penumbra, el del

F. B. I.,

vio acercarse a su compañero, al hombre al que él mismo había empujado a la trampa mortal.

La mirada de Willard se clavó en el semblante de su amigo. En los pocos días que llevaba Burton bajo los efectos de la enfermedad, su cara había envejecido varios años. Ya no parecía la de un joven de excelente salud. Un relajamiento total cubría aquel rostro. El enfermo tenía los labios cerrados; una mueca de intenso dolor crispaba sus rasgos, sin fuerza ya para alterar dicho relajamiento muscular.

Willard comprendió cuál era en aquellos momentos el sufrimiento de su compatriota. En su ser se libraba una terrible pugna. El enfermo sabía que estaba condenado a morir irremisiblemente en manos de quienes simula han ser amigos. Debía de saber también que una confesión suya entonces, revelar la verdad de todo, descubriendo el juego del agente especial, podía salvarle.

Pasaron ante él los dos hombres, Burton y el muchacho alemán, sin verle. Con lentitud empezarán a subir los estrechos escalones que conducían a la planta baja de la casa.

La conversación que iniciaron los que se quedaban en la bodega atrajo la atención de Olbricht.

—No debimos transmitir el mensaje. A lo mejor ha intercalado en el texto alguna clave que desconocemos nosotros.

—Ni siquiera sospecha la verdad —replicaba el otro—. ¿No ves cómo se confía? De esta forma, Londres no sospechará nada. Ese tipo tenía que enviar el mensaje. De no recibirlo, los de Londres hubieran tratado de investigar el porqué. Además, es preferible que el espía desaparezca después de estar aquí, como el anterior. Es la única forma de que jamás se den cuenta de que esta emisora está sirviéndonos a los alemanes cuando creen que trabaja para ellos.

—Oye —le cortó su compañero—: ¿no te parece que tardan mucho en llegar los soldados? Theodor subió hace ya un rato a

disparar la bengala.

—Acaso vengan andando. De todas formas, ya no pueden tardar mucho.

—Vamos arriba nosotros también. Aunque está hecho polvo, vigilaremos al agente aliado. Estos fulanos son de cuidado. Hasta que llegue el oficial estaremos cerca de él, por si acaso.

Willard Olbricht estaba esperando eso precisamente. El mandar a Burton, haciéndole pasarse por el enviado de Londres, no tenía otro objetivo que poder él introducirse sin ser descubierto en la granja. Comprendió que había calculado con certeza su maniobra: en cuanto Frank enviara el mensaje, los alemanes abandonarían la bodega donde se bailaba la emisora. Y él podría entonces disponer del aparato un rato, el su suficiente para transmitir el verdadero mensaje, sin el cual resultaba de todo punto imposible realizar el rescate del científico internado en Buchenwald.

Todo ocurría según su plan. El sacrificio del militar norteamericano no resultaría inútil. Su muerte serviría para que ese mensaje trascendental llegara a Londres.

Seguía produciéndose, a espaldas del agente especial, el ruido de los pasos que ascendían por la escalera, lentamente.

Los dos de la bodega se dispusieron a abandonarla. El agente especial empuñó con fuerza la pistola que arrebatara a su enemigo en la segunda planta. No era fácil que le vieran saliendo de la habitación. Donde permanecía oculto estaba casi sumido en la oscuridad, y en el cuarto de la emisora la luz era potente.

La retina del ojo humano distingue con mucha dificultad lo que la rodea al salir de la luz a la oscuridad, como cegada por el resplandor de la primera, como si la oscuridad aumentara por el solo hecho de ser comparada por la pupila con la claridad de la luz.

Una sonrisa se extendió por el rostro del agente norteamericano. Dentro de poco, la emisora quedaría a su completa disposición. En cuanto enviara el verdadero mensaje, sólo le restaba abandonar la granja de la misma forma que penetrara en ella.

Y entonces habría llevado a cabo la parte más difícil de su misión. Quedaría aún mucho por hacer, pero lo más importante estaría realizado, lo más importante, dadas las circunstancias.

En aquel preciso momento, una voz, distinta a la de muchacho que conducía a Burton, sonó seca y autoritaria detrás de Willard

Olbricht.

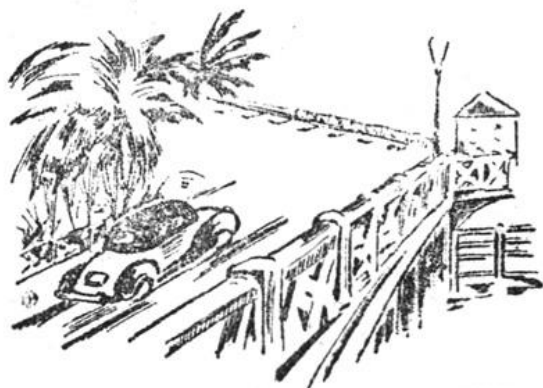
Una orden semejante, por el tono, al estampido de un disparo, igual por su significado al mayor de los desastres:

—¡Levanta las manos! ¡Pronto! ¡O te acribillo a balazos!

Tardó unos segundos en obedecer el agente especial, los mismos que le costó reaccionar ante lo inesperado.

Al girar sobre sus talones, con los brazos en alto, se encontró con un nuevo alemán, con el que acompañaba rato antes al de las bengalas.

Una sonrisa siniestra matizaba la expresión de su enemigo.

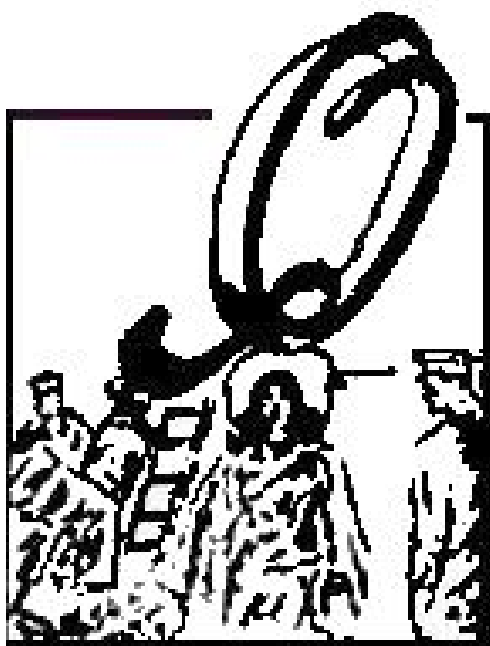


### **¡LLUVIA DE REGALOS!**

Además de coleccionar la mejor Serie de CROMOS, en los sobres del F. B. I. encontraréis VALES que os darán derecho a recibir BICICLETAS, BALONES, PELOTAS, BOLIGRAFOS Y OTROS VALIOSOS REGALOS.

## VIII

### ENTRE EL HUMO DE LOS DISPAROS



UIETO! —volvió a rugir aquella voz, al dar un paso Willard con los brazos sobre su cabeza.

Los dos que quedaban en la habitación, dispuestos ya a abandonarla, corrieron hacia la puerta.

—¿Qué ocurre, Urbas? —preguntó el de las pecas—. ¿Es que te has vuelto loco?

Una maldición de sorpresa siguió a sus preguntas cuando ambos alemanes llegaron donde estaba su compañero encañonando al prisionero de Buchenwald.

Los dos permanecieron inmóviles un instante, con templando la

inesperada escena, con el mayor estupor patente en sus rostros.

—Estaba aquí —les explicó el llamado Urbas—. Le descubrí desde arriba, cuando empecé a bajar la escalera. Al cruzarme con tu hijo —se refería al joven que conducía a Burton—, le hice una seña para que no hablara. Quería sorprenderle. Baje despacio las escaleras, mientras tu hijo hacía ruido al subirlas. Por eso no me oyó acercarme.

El del pelo cortado a cepillo miró a Willard amenazadoramente. Las preguntas surgieron deprisa de su boca, moduladas con sequedad:

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Los labios del agente especial permanecieron cerrados. El de las pecas avanzó hacia él, con los labios torcidos por un arrebato de cólera.

—¡Vas a hablar, cochino espía!

Levantó la mano para golpearle, pero el que empuñaba el arma se lo impidió.

—¡Espera! Este hombre ha presenciado la escena y oído todo lo que hablasteis. Tendrá cosas muy interesantes que contarnos.

Señalando su uniforme de internado, el rubio habló a su vez:

—Eres un prisionero de Buchenwald, igual que ése —movió la cabeza, señalando hacia la escalera—. Seguro que tú también perteneces al Servicio Secreto inglés. Se acabó tu carrera de espía. Aunque lograras escapar de nuestras manos, de nada te serviría. Hemos visto tu número, y eso es más que suficiente.

Al tiempo de hablar, el campesino tocó la chaqueta del internado, a la altura del pecho, donde destacaba el número asignado a Olbricht en el campo de concentración.

Los pasos de los que subían la escalera habían cesado. Sin duda, el muchacho contemplaba la escena desde arriba.

Durante unos instantes reinó el silencio en el subterráneo.

El rostro del agente, federal no sufría la más mínima alteración. Ni siquiera estaba pálido.

Pero, aunque ningún signo exterior delatara su estado de ánimo, su cerebro trabajaba sin descanso. Sabía perfectamente lo que significaba para él y para la misión que le encomendaron el que acabaran de descubrirle.

Sólo quedaba ya una solución. La más difícil, y, a la vez, la única

posible.

—¡Habla, maldito inglés!

De nuevo intentó golpearle el del pelo a lo germano. Y otra vez el del revólver desenfundado se lo impidió.

—Escucha: como toques a este fulano... Es inútil pegarle. Tenemos que averiguar qué es lo que sabe. Ahora me doy cuenta que lo del mensaje que hemos radiado era una farsa. A lo mejor han avisado a Londres, sin que nosotros sospecháramos siquiera la clave, lo que pasa aquí.

—Tú nos lo vas a decir, ¿eh? —El de las pecas avanzó un paso.

De pronto empujó al prisionero, para que penetrara en la habitación.

El envite, muy fuerte, lanzó dentro al agente especial, que tuvo que dar varios traspiés para no caer al suelo.

No perdió el equilibrio, pero el empujón debió de hacerle daño, ya que Willard quedó como doblado sobre su cintura.

Ante la risa de sus enemigos, el agente del

F. B. I.,

se llevó la izquierda a los riñones.

Permanecía de espaldas, contraído, en una postura indudablemente cómica.

—Vamos, levántate —le gritó Urbas.

—Es tan blando como su compañero. Estos espías no resisten la vida de Buchenwald. Ahora verá.

El del pelo corto soltó la carcajada, y, acercándose al prisionero por detrás, levantó el pie.

—Se meterá de cabeza en la emisora —aseguró, tomando impulso con la pierna que pensaba descargar sobre el trasero del agente aliado.

El agente especial se movió de lado, como si intentara evitar la patada. No se había incorporado aún; su mano izquierda seguía apoyada sobre sus riñones.

—¡No te muevas, necio! —exclamó el campesino—. Te daré el puntapié, de todas formas.

Sus dos compañeros se acercaban a ellos, con la risa bailándoles en los labios, muy divertidos por la escena.

El pie castigador salió disparado contra Willard. No le alcanzó.

—Te voy a...

La amenaza se convirtió en la boca del alemán en un grito de alarma.

Al tiempo de hurtar su persona al golpe, el cuerpo del agente especial se irguió, volviéndose contra su enemigo.

Una pistola brillaba en su derecha; un arma que vomitó la muerte antes de que el otro pudiera siquiera intentar defenderse.

El aullido mortal, proferido por el que se desplomaba con ambas manos sobre el pecho, se mezcló al ladrido del revólver que empuñaba el llamado Urbas.

El plomo ardiente abrasó el aire, buscando a Willard. Pero éste había saltado, de costado, adelantándose a los disparos.

Se tiró al suelo rápidamente, para ofrecer menos blanco a las balas enemigas.

Y apretó el gatillo, una vez, dos, con precisión prodigiosa.

El arma que empuñaba Urbas se desprendió de sus dedos, rodando por el suelo. Su dueño se tambaleó, herido de muerte.

Un nuevo disparo, efectuado al instante por el agente especial, rozó al tercero de los alemanes.

En el momento mismo en que Urbas se desplomaba, su compañero lograba extraer el revólver.

Disparó sin apuntar, dándose cuenta instintivamente del peligro que corría frente a un hombre que había ya eliminado a dos de sus camaradas.

Las balas se incrustaron en el suelo, junto a Willard. Un trozo de madera, arrancado con fuerza del suelo por los disparos, le cruzó la cara.

Alzó nuevamente la pistola el del  
F. B. I.,

a la velocidad del relámpago.

Y apretó el gatillo. Pero...

El proyectil surgido de su arma se clavó en una de las paredes, lejos del alemán.

Un súbito desvanecimiento le impidió apuntar. Aunque en realidad, él no se dio cuenta de lo ocurrido. Sintió como un golpe amortiguado en alguna parte de su cuerpo, algo semejante a un pinchazo producido en su carne.

Su mano armada golpeó e, suelo. Una turbiedad extraña, inexplicable, le anegó la vista.

Percibió la risa del único alemán que quedaba vivo. Haciendo un esfuerzo, consiguió mover la cabeza, para mirar a su adversario.

Le vio avanzar hacia él, desde el suelo, en una perspectiva que agrandaba desproporcionadamente la altura del campesino.

Aquel hombre acababa de herirle y le iba a rematar. La boca negra del cañón de su revólver apuntaba al suelo, al caído.

Unos segundos más, y Willard Olbricht habría dejado de existir. Era para él una certeza tan grande como que estaba herido.

Desesperadamente, rebelándose su ser contra la realidad, el agente especial hizo esfuerzos sobrehumanos para levantar la pistola que colgaba de sus dedos inertes.

No lo consiguió. No podía conseguirlo. La impotencia le recorrió organismo, igual a una garra de fuego que alguien introdujera en sus entrañas; dolorosa como la terrible realidad.

Le iban a rematar, y no conseguía hacer un solo movimiento para impedirlo.

En sus ojos danzaba, desdibujándose poco a poco, la figura del alemán.

La cabeza de Willard se desplomó. Su cuerpo quedó tendido de bruces, sin movimiento, semejante por su inmovilidad a un cadáver.

Una mueca de decepción distendió los músculos faciales del campesino. Apartó el revólver, dejando de apuntar al caído.

Dejó escapar de su garganta una maldición de rabia, y dio la vuelta, con el pie, sin agacharse, al agente aliado.

No pudo percibir que Willard retenía su respiración, vivo aún, demasiado vivo.

El ligero desvanecimiento que le impidió disparar en el último momento se le pasaba gradualmente. Si conseguía engañar a su enemigo, permaneciendo como muerto unos minutos más...

A través de sus párpados entornados vio Willard que el campesino se volvía y andaba a continuación hacia sus propios compañeros.

Se agachó primero ante Urbas; después, ante el otro.

Lentamente, a sus espaldas, el agente especial empezó a incorporarse, sin producir el menor ruido.

El alemán debía examinar a los dos cuerpos tendidos en el suelo con detenimiento.

—Los ha dejado secos —habló en voz alta, con admiración—.

¡Qué tío! Casi acaba conmigo también.

De pronto, su cuerpo sufrió como un espasmo, tras el que se quedó rígido. Había escuchado algún ruido a sus espaldas, o, tal vez, el instinto acababa de avisarle del peligro que le amenazaba.

Se volvió bruscamente, apretando el revólver entre sus dedos.

Descubrió, demasiado tarde, que el del

F. B. I.,

se había medio incorporado, poniendo una rodilla en tierra.

Antes de que hiciera fuego el campesino, dos secos estampidos rasgaron el silencio.

Dos balas atravesaron el corazón de aquel hombre. Cayó sin un gemido, muerto ya.

No había terminado de ponerse en pie el vencedor cuando escuchó ruido fuera de la habitación.

Prestó atención, creyendo que se engañaba. Una mueca indefinible atravesó su expresión al comprender lo que ocurría.

El ruido aumentó su eco siniestro, el ruido de un cuerpo al rodar escaleras abajo.

El muchacho que conducía a Burton le había soltado sin duda, para correr en ayuda de sus compañeros. Tal vez no lo hiciera antes, en plena pelea, seguro de que sus compañeros acabarían fácilmente con el agente enemigo.

Su voz, honda de excitación, ahogó brevemente el espantoso estruendo que producía Burton rodando de escalón en escalón:

—¡Os ha costado mucho! Debía ser un tipo for...

Apareció corriendo bajo la puerta de la habitación, con el rostro enrojecido por la prisa con que había descendido la escalera.

Ni siquiera empuñaba su revólver, cuya culata seguía sobresaliendo de la funda que le cruzaba el pecho.

Al encentrarse con Willard, se paró en seco. No pudo reaccionar a tiempo. La sorpresa se lo impedía.

Su mirada captó de una ojeada el cuadro de muerte que ofrecía la pieza.

De entre el humo de la pólvora surgía el agente especial, surgía una pistola, apuntándole.

El muchacho era todavía demasiado joven para contemplar escenas semejantes. El terror se mezcló en sus pupilas a ese estupor que le paralizaba. Su inexperiencia le había llevado demasiado

deprisa hacia su propia destrucción.

Lo primero que hizo fué llevarse una mano a los ojos, como si no creyera lo que veía.

—¡No!

Una sola palabra, implorante, matizada por el miedo, estalló en su garganta.

Intentó retroceder, pero sus piernas no obedecían ya a su voluntad. Sus pies parecieron resbalar sobre el suelo en el que se apoyaban.

La mirada del joven permanecía clavada en el arma que le apuntaba. Era una expresión la suya como de hipnotizado.

—¡No! —volvió a gritar, sin control de sus nervios.

Al mismo tiempo los dedos de su mano derecha se dirigieron hacia el revólver que poseía.

Posiblemente, ni él mismo se dio cuenta de ello. Fué un movimiento instintivo lo que le obligó a precipitar su propio fin.

De un solo disparo lo abatió Willard, cuando ya sus dedos extraían el revólver.

El agente especial permaneció unos segundos sin moverse. Luego sacudió varias veces la cabeza para despabilar el aturdimiento ligero que le nublaba la mente.

No se preocupó por su herida, pese a que aún no la había examinado y desconocía por lo tanto su gravedad.

Sin el arma que quitó al campesino de las bengalas estaría ahora tendido en el suelo, muerto, sin ser sus enemigos los que yacieran sobre él.

No tenía la menor idea de si quedaban más alemanes en la granja. Era muy posible que sí, en cuyo caso tenía que haber llegado hasta ellos el ruido de los disparos.

Se acercó a la puerta de la pieza, prestando atención. Esperaba escuchar pasos precipitándose hacia las escaleras, pero sus oídos sólo recogieron el silencio de muerte que parecía flotar después de la pelea en la bodega.

Tras unos minutos de espera volvió a penetrar en la habitación, dirigiéndose hacia la emisora.

Recogió, al pasó, los revólveres de sus contrarios. Estaba dispuesto a defender cara su vida si acudían otros campesinos.

Pero hubiera o no más hombres en la granja, él estaba entonces

solo allí, y disponía de unos minutos.

Colocó las armas al alcance de su mano, sentándose ante el aparato. Felizmente ninguno de los proyectiles disparados en el curso de la lucha tocó al receptor-transmisor clandestino.

No perdió ni un segundo. Todo cuanto llevaba hecho hasta entonces, desde el sacrificio de Burton hasta la sangrienta pelea, no encerraba sino un objetivo: transmitir el mensaje para que fuera captado en Londres.

Empezó a emitir la señal convenida con el Alto Mando, a intervalos de quince segundos. Tuvo que efectuarla cinco veces hasta que le llegó la respuesta de que estaban a la escucha.

Entonces se identificó, sin esperar ya a que le contestaran. Recordaba perfectamente la clave que debía usar, y el mensaje lo tenía preparado de antemano.

Sin abandonar los mandos especiales de la emisora, volvía de cuando en cuando la cabeza, temiendo que algún nuevo enemigo hiciera su aparición.

Retransmitió a continuación el texto íntegro del mensaje, en clave. Lo repitió una vez para tener la seguridad de que si existía cualquier interferencia casual llegara a Londres de todas formas. Por último, añadió una sola frase: «Emisora en poder enemigo».

Cortó los contactos y se levantó. Algunas gotas de sudor perlaban su frente, como si acabara de realizar un gran esfuerzo.

Se las quitó con el revés de la izquierda y volvió a mirar hacia la entrada de la habitación.

Por fin, lo había conseguido. La parte más importante de su misión estaba realizada ya.

Al registrar con la mirada en torno encontró lo que buscaba. Una gruesa mesa, muy vieja, pero sólida.

Intentó levantarla sobre su cabeza, pero uno de los brazos empezó a dolerle demasiado, impidiéndole hacerlo. La mesa pesaba mucho y aquel brazo correspondía al lado del hombro donde recibió la bala.

Desistió de usarla, aunque no de sus propósitos. Empuñó uno de los revólveres de los granjeros, asiéndolo por el cañón.

Sin perder tiempo empezó a descargar culatazos contra la emisora. Dejaba caer el brazo ileso con toda la fuerza de que era capaz.

Con una de las sólidas patas de la mesa hubiera tardado menos, aunque el revólver le estaba prestando el servicio deseado.

Parecía presa el agente especial de una furia destructora. Una y otra vez la culata descendió sobre el aparato.

Pocos minutos después, la emisora quedaba reducida a un montón informe de hierros partidos.

Ni el mejor técnico del mundo hubiera podido repararla. Willard acababa de destrozarla totalmente.

Al abandonar la bodega, el agente especial se paró al pie de la escalera.

Frank Burton yacía sobre los últimos escalones, en una postura rara, contraído sobre sí mismo.

Sin duda, el coronel intentó, guiado por la escasa lucidez que le quedara cuando el hijo del pecoso le soltó en lo alto, formar una pelota con su cuerpo para resistir el brusco descenso.

Willard se arrodilló ante él, examinándole. Puso su mano sobre el corazón del joven coronel y trató luego de encontrarle el pulso.

Era inútil ya. Burton estaba muerto.

Al incorporarse, el del

F. B. I.,

notó en sus ojos un escozor extraño. Comprendió que iba a llorar de rabia y apartó la mirada de su amigo.

Los primeros tramos de la escalera los subió con la imagen del cadáver grabada en sus pupilas.

Gracias a aquel hombre, él había logrado retransmitir el mensaje; gracias a él...

Tuvo Willard que luchar con todas sus fuerzas mentales para alejar de su mente al coronel.

Ahora sólo debía pensar en lo que le quedaba por hacer. Recordar que había empujado a Burton hacia su fin, recordar que era él el culpable de su muerte no lograría sino entorpecer el cumplimiento del deber.

Ganó de un salto la entrada que conducía al subterráneo, pero aún no pensaba salir de la granja.

Registró una por una las habitaciones más cercanas, deprisa, como impulsado por una llamarada de locura.

En la cocina encontró lo que buscaba: gasolina y fósforos. Había cerca de cinco litros en dos bidones.

Roció con el líquido inflamable las paredes y el suelo, formando un estrecho reguero que llegaba hasta la puerta exterior del edificio.

Cuando ya la llama de un fósforo brillaba en sus dedos se le presentó de nuevo la imagen de Burton.

Cerró los ojos un momento; luego atravesó aquella puerta. Sin agacharse tiró la cerilla.

Una súbita llamarada se extendió ante su vista. La lengua de fuego corrió hacia dentro, a vertiginosa velocidad, bramando.

Él saltó, fuera ya del umbral. Instantes después...

Willard se alejó deprisa, a toda la marcha que sus piernas aguantaron. No podía correr, debido al agotador trabajo que acababa de realizar en menos de una hora.

Cuando se volvió, para contemplar la granja, el incendio se apoderaba ya de la casa. Construida en su mayor parte de madera, las llamas se comunicaban de habitación en habitación rápidamente. Antes de muchos minutos el edificio se convertiría en un gigantesco brasero.

La oscuridad estaba iluminada por el siniestro en un extenso círculo. Forzosamente el voraz incendio tenía que distinguirse desde bastante distancia.

Apretó el norteamericano aún más el paso. No sentía nada en el hombro, donde estaba alojada la bala.

Detrás quedaba el fruto de su victoria. Un triunfo de precio demasiado elevado.

Aunque acudieran en vehículos, los soldados del cuartel de Buchenwald no llegarían a tiempo para atajar el incendio.

Cuando registraron las humeantes ruinas comprenderían con sorpresa lo ocurrido, sin sospechar siquiera que existía en el asunto un segundo agente aliado. Encontrarían los restos de Burton y los de los granjeros, y pensarían que aquél había sido el causante del desastre.

Se trataba de una gran victoria; de una victoria capaz de enorgullecer al más exigente luchador.

Sin embargo, una mueca de sufrimiento crispaba las facciones de Willard Olbricht.

Se apartó del camino que, pasando por el bosque y las canteras, conducía desde el exterior del campo de prisioneros a la granja.

Por allí vendrían dentro de nada los soldados, y no quería correr

el riesgo de que le descubrieran.

Para penetrar dentro de las alambradas espinosas no tenía otro remedio que esperar al día y agregarse sin que le vieran a cualquiera de las brigadas de forzados que realizaban trabajos fuera del recinto del campo.

Buscó durante un buen rato un lugar donde ocultarse por el resto de la noche. Al encontrarle, se dejó caer en él.

Estaba física y moralmente agotado.

## IX

### LA ULTIMA ACCIÓN



SPERABA Willard  
Olbricht como jamás lo hiciera en otra ocasión de su vida.

Los demás prisioneros del barracón dormían, sin sospechar siquiera que dentro de escasos minutos, de segundos acaso, el campo de Buchenwald viviría la hora más crítica de su historia; sin saber que un descuido podría, dentro de nada, significar la muerte de todos ellos.

Entre los cincuenta mil internados dentro de las alambradas sólo el agente especial esperaba con una ansiedad casi animal lo que iba a ocurrir.

El mensaje que transmitió por la emisora clandestina encerraba una fecha, únicamente eso: el día y la hora, calculada ésta al segundo.

Se oía pasar regularmente al centinela de turno, cuyas botas herradas rechinaban muy cerca de la puerta cada vez que daba la media vuelta, arrastrando los pies para hacerlo.

El agente especial se pasó la mano por la cara. Sentía un frío espantoso en todo el cuerpo, y, sin embargo, su frente ardía, debido a la fiebre.

Llevaba cuatro días herido, con una bala hundida en su hombro izquierdo. Ni siquiera intentó acercarse a la enfermería, sabiendo que los alemanes le hubieran matado al descubrirle aquella huella imborrable de su hazaña.

No quiso adelantar más la fecha que dio por radio a los de Londres por miedo a que le faltara tiempo para convencer al hombre de ciencia al que debía liberar.

A pesar de que exponía su vida retrasando el momento que se produciría la noche llegada, sus esfuerzos por convencer al científico resultaron inútiles. Ni siquiera llegó a revelar al sabio su plan, al comprobar que éste vacilaba apenas le insinuó la posibilidad de que fuese arrancado de aquel infierno. El científico se encontraba demasiado agotado para intentar nada ya. Sólo tenía — según le aseguró al del

F. B. I.,

un deseo, el último de sus deseos, la única esperanza ya: morir. La religión católica que profesaba el hombre de ciencia le impedía poner por sus propias manos fin su existencia. Por eso soportaba con resignación aquella prisión maldita, presintiendo que su fin era cuestión de poco tiempo, con seguridad, de escasas semanas ya.

Era una nueva complicación para Willard, que debía ahora rescatar a un hombre que no quería ser libertado.

Todos los intentos que realizó para convencerle cayeron en el vacío.

Pero el agente especial no quiso rendirse, pese a los deseos del científico. A él le ordenaron que sacara a aquel hombre de Buchenwald, sin preguntarle su opinión, dando por seguro que el físico alemán ansiaría la libertad con toda la fuerza de su ser.

Y Willard estaba dispuesto a llevar hasta el fin su misión, costara

lo que costara.

El norteamericano prestaba atención a los ruidos que pudieran llegar desde el exterior. Debía faltar muy poco para la hora convenida, y tenía que estar preparado para actuar con la máxima rapidez, sin perder un solo segundo.

La herida recibida durante la pelea en la granja le dolía mucho. Todo su hombro izquierdo parecía un pequeño volcán. La infección, según creía Willard muy avanzada, le abrasaba la carne.

Llevaba cuatro días aguantando en el mayor silencio aquel sufrimiento. Cuando pudiera ponerse en manos de un médico, si es que lograba escapar del campo aquella noche, sería ya demasiado tarde. La gangrena no tardaría en producirse. Y la gangrena, él lo sabía, era mortal.

En aquellos cuatro días angustiosos había adelgazado hasta convertirse en algo parecido a un esqueleto. Al palparse cualquier parte de su cuerpo notaba la piel reseca, que le caía en forma de bolsas, son una onza de grasa debajo.

Eran sólo cuatro veces veinticuatro horas las que tenía que aguantar la fiebre y el dolor, ese pensamiento hiriente, terrible, de que de un momento a otro la gangrena correría irremediablemente, mortal, por sus venas.

Y al fin había llegado la cuarta noche, la señalada.

Sin moverse, sintiendo los latigazos de la fiebre en sus sienes, permanecía agazapado en la penumbra, escuchando...

De pronto sintió que todo su ser se erizaba. Un escalofrío le recorrió la espalda. Dejó de notar durante unos segundos el frío y la fiebre.

Sus oídos acababan de percibir el ruido. ¿Se engañaba? No. Era sin duda la hora ya.

Retuvo su propia respiración, escuchando con tal atención, que parecía que en aquello que trataba de oír se hallaba su propia vida.

Un sonido amortiguado por la distancia, como el zumbido de una avispa, aunque mucho más ronco.

Fuera dejaron de producirse los pasos del soldado. Y en el hondo silencio de la noche sólo se oía eso: el zumbido ronco y extraño, igual a la manifestación de los propios sentidos alterados, vibrantes, del agente especial.

Pero el centinela se había parado. ¡Había escuchado también el

sordo rugido de los aviones que se aproximaban!

Poco a poco se acercó el eco que traía el aire nocturno. Se aproximaba como una amenaza, y, al tiempo, como un augurio de liberación.

De nuevo volvió a producirse el lento paso del centinela alemán, que proseguía su brevemente interrumpida marcha de un lado al otro de la barraca.

Aunque ya no necesitaba el agente especial fijarse en lo que hacía el soldado para comprender que sus sentidos no le habían equivocado.

Una sonrisa distendió los apretados labios del norteamericano. Era una buena señal. La mejor para él, que los guardianes del campo no dieran importancia a los aviones que se aproximaban. Significaba que ninguna emisora enemiga interceptó su mensaje, llegando éste a dónde estaba destinado.

Abandonando toda precaución. Willard salió del rincón donde permanecía oculto. Ninguno de los habitantes del barracón, salvo él, había escuchado nada aún. Dormían un sueño pesado, ajenos a todo lo que no fuese las pocas horas de descanso con que podían contar cada día.

Mientras se acercaba a la puerta exterior, atrancada por fuera, el del F. B. I., trató de imaginarse lo que pasaría dentro de escasos minutos.

El sonido ronco de los motores era ya un zumbido poderoso. Los aviones debían hallarse ya muy próximos a Buchenwald.

El haz de luz que penetraba a intervalos de un cuarto de hora por entre las rendijas de las maderas se apagó súbitamente.

Los oficiales de las S. S., que mandaban el campo habían comprobado sin duda que el sonido de la escuadrilla que se aproximaba no correspondía al emitido en vuelo por ninguno de los modelos alemanes en uso. Tratándose, como adivinaron, de aparatos aliados, la primera medida de precaución adoptada consistió en apagar todos los focos que barrían el recinto del campo.

Willard puso su mano sobre el prisionero más cercano, zarandeándole.

El otro gruñó alguna palabrota, incorporándose de golpe. Luego se restregó los ojos. Acababan de despertarle en lo mejor de su sueño, lo cual no debía hacerle ninguna gracia.

Comenzó a protestar a media voz, mirando en torno.

—Escucha. ¿No lo oyes? —le susurró al oído el agente especial —. Ruido de aviones.

Prestó oídos el recién despertado, expresando su opinión de mal talante.

—Bueno, ¿y qué? Vete al diablo tú y los aviones. Como vuelvas a despertarme te romperé la cabeza.

Se echó de lado, disponiéndose a recobrar el interrumpido sueño. Fue la voz de Willard la que se lo impidió:

—Escucha: entiendo de aviones lo suficiente. Esos aparatos son aliados. A lo mejor...

Dejó el del

F. B. I.,

la frase sin concluir, esperando que el otro comprendiera su significado.

—¡Déjame tranquilo! —Gruñó el que trataba de dormir—. Son tan alemanes como cualquier «boche». ¿Qué ideas se te meten en la cabeza? ¿Para qué iban a venir aviones nuestros aquí? —Y contestó a su propia pregunta—: ¿Para destripar a sus propios compatriotas? ¡Lárgate! ¿Me oyes?

Otro de los prisioneros se despertó entonces.

—¿Qué demonios hacéis? —Idos a la cama. Como despertéis al jefe del barracón...

—Presta atención —le advirtió Willard—. ¿Oyes?

El que acababa de intervenir en la conversación escuchó durante unos segundos.

—Aviones —dijo, y recalcó—: Aviones ingleses.

Debía ser un entendido, ya que, tras volver a escuchar unos segundos, repitió:

—El ruido de los motores ingleses de aviación es inconfundible. Es una escuadrilla de aparatos «Mosquito», de bombardeo ligero.

El que no quería hacer caso poco antes a Willard volvió la cara hacia el que hablaba.

—¿No irán a bombardear el campo?

—Será una escuadrilla de paso —opinó Willard, sabiendo a lo que venían los «Mosquito».

—¡Que nos achicharren! —exclamó el entendido—. ¡Que conviertan esto en un cementerio! Sería lo mejor para todos. Así

acabaríamos de una vez.

Varios prisioneros se incorporaron en los catres de madera cercanos, despertados por los gritos.

Pero esta vez ninguno hizo una sola pregunta. El ruido de los motores, ensordecedor ya, se producía sobre el campo mismo.

Algunos levantaron sus ojos al techo, como si pudieran ver a través de él.

De pronto, una serie de rayas luminosas cruzaron de parte a parte el interior de la barraca.

Los prisioneros se miraron en silencio, con el terror pintado en sus demacrados rostros. Ninguno de ellos comprendía aún el significado de lo que estaba pasando.

Para Willard Olbricht había llegado el momento. Una palabra pronunciada por sus labios sembró el estupor y la alarma entre los que estaban despiertos:

—¡Bengalas!

La palabra se extendió por la barraca como un reguero de pólvora. Uno, más atemorizado que sus compañeros, gritó:

—¡Aviones aliados! ¡Van a bombardear Buchenwald! ¡Están tirando bengalas!

Tras sus gritos reinó un silencio sobrecogedor. Aquellos desgraciados, acostumbrados a los peores sufrimientos, veían cernirse sobre ellos inesperadamente un peligro espantoso.

Ninguno osó hablar ni moverse. El ruido de los «Mosquito» se alejó para regresar al poco, más potente. Algunos de los aparatos debían realizar pasadas rasantes sobre el campo, a juzgar por el sonido que producían.

La primera serie de rayas luminosas se apagó. Pero instantes después una nueva penetraba por entre las paredes.

El encargado del barracón salió de su dormitorio. También a él le había despertado el zumbido de los bombarderos ingleses.

Era un tipo brutal, polaco, a quien los alemanes entregaron el puesto en recompensa por sus servicios de espionaje realizados entre los propios prisioneros.

Como siempre, sacaba un vergajo en la izquierda. Los hombres bajo su custodia le temían más que a los propios guardianes. Aunque esta vez ninguno pareció intimidarse ante su presencia.

—¿Qué pasa? —rugió, levantando el látigo.

No obtuvo respuesta. En aquel momento, cuando se disponía a descargar el látigo sobre el grupo de internados más próximo a él, se produjo la primera explosión.

Luego, otra, y otra...

Fué un caos indescriptible. Los prisioneros saltaron de los catres, precipitándose hacia cualquier sitio. Era el instinto de conservación el que les impulsaba a obrar.

El encargado trató ridículamente de restablecer el orden. Durante unos segundos su voz potente, rabiosa, se dejó oír. Después...

Una nueva serie de explosiones ahogó el ensordecedor griterío que reinaba dentro del barracón. Los prisioneros se pisoteaban entre sí, luchando por escapar a aquellas explosiones que estallaban lejos de ellos.

Willard no perdió la serenidad. Precisamente esperaba aquel caos, lo necesitaba si quería triunfar en su misión.

Cuando comprendió que ninguno de sus compañeros se hallaba ya en condiciones de pensar con tino, cuando los ánimos llegaban al máximo de excitación, se acercó a una de las camas.

Con voz potente gritó:

—¡Están bombardeando el campo! ¡Nos achicharrarán aquí dentro! ¡Hay que salir fuera!

Veinte manos agarraron el catre que él intentaba levantar con su brazo sano.

Otro aulló, dominando la espantosa confusión:

—¡La puerta! ¡Derribemos la puerta!

Manejada con salvaje ímpetu, una cama se estrelló contra el obstáculo que impedía salir a los prisioneros del barracón.

La puerta era sólida. El catre de madera quedó destrozado al primer choque, sin que por ello cediera el obstáculo.

El pánico de los hombres encerrados aumentaba por momentos. Muchos, enfermos, debilitados hasta un extremo de verdadera depauperación, fueron víctimas de la confusión.

Otra cama siguió el camino de la primera. Igual que aquella, tampoco la segunda logró abrir paso a través de la puerta a los prisioneros.

El estallido de las bombas seguía produciéndose cada pocos minutos. No se trataba, al parecer, de un bombardeo en masa, sino

de la acción de algunos aviones aislados, pocos, a juzgar por lo espaciados que caían los explosivos.

La desesperación y el terror enloquecían al puñado de prisioneros. Muchos se lanzaron contra la puerta, rabiosos contra lo que les impedía correr lejos de aquel campo, ahora bajo la metralla.

El tercero de los golpes demoledores dado contra la puerta tuvo mejor resultado. Una de las gruesas tablas que la formaba cedió, rota.

Y entonces dio comienzo una lucha frenética, demente, por alcanzar todos aquel hueco. Los hombres caían pisoteados por sus propios compañeros, gimiendo bajo las botas que pasaban sobre ellos.

Fueron unos momentos de delirio, de desenfrenado intento por escapar del barracón, que Willard Olbricht no podría borrar jamás de su memoria.

Al otro lado de la puerta no quedaba ningún centinela. El resplandor de un gran incendio penetraba por el agujero.

La puerta había tardado en ceder bajo los golpes, y, sin embargo, aquel pequeño hueco practicado en ella fué pronto lo bastante grande para que los prisioneros salieran poco después rápidamente al exterior. Los mismos cuerpos, frenéticos de ansiedad por huir de allí, rompieron las tablas sin darse cuenta de lo que hacían.

El agente especial se encontró de los primeros fuera. Tenía varios cortes en la cara, que le sangraba, aunque en el debatirse contra sus compañeros por salir había olvidado el dolor que le causaba la herida del hombro.

Lo primero que hizo al sentir en el rostro la frialdad que reinaba en el gran patio fué mirar hacia el incendio.

El formidable cuartel de las tropas que guarnecían Buchenwald ardía por los cuatro costados. El rugido de los aviones aliados permanecía sobre lo que fuese antes enorme edificio, casi convertido ya en humeantes ruinas.

Situado fuera de las alambradas, a unos cien metros de la entrada del recinto propiamente dicho del campo, las llamas iluminaban las torres de vigilancia y las verjas principales, las de entrada.

No existía ni un solo cañón antiaéreo en Buchenwald. Nada absolutamente que permitiera a los alemanes impedir el bombardeo.

Al resplandor movedizo del siniestro vïo Willard a muchos prisioneros que corrían como locos por el patio, en todas las direcciones. Los ocupantes de otros barracones habían logrado también surgir de sus dormitorios.

—¡Al bosque! —La voz del agente especial se oyó sobre el griterío, dominándole—. ¡Allí estaremos seguros!

Una riada de hombres le siguió, al echar él a correr hacia los árboles.

El bosque separaba los dos campos en que se hallaba dividido Buchenwald. En el grande estaban internados los sanos; en el pequeño, los impedidos para el trabajo y los enfermos.

Willard tenía que llegar al pequeño cuanto antes. Unos minutos perdidos significarían con toda seguridad el fracaso de su misión.

Dejando atrás a sus compañeros, el del

F. B. I.,

atravesó sin pararse el bosque. Había muchos prisioneros ya refugiados en él.

Más allá, en torno al recinto del campo, los «Mosquito» empezaron a efectuar pasadas rasantes, ametrallando.

Durante el tiempo que Willard llevaba fuera del barracón no se había encontrado con ningún soldado alemán. Pillándoles por sorpresa el ataque aliado, debían hallarse todos escondidos, procurando que la metralla que llovía de las nubes no les alcanzara.

De todas formas, los prisioneros no podrían evadirse con facilidad. Las bombas caían todas fuera de las alambradas, y éstas, conectadas a corriente de alta tensión, seguían intactas.

Tampoco dejó de correr el norteamericano cuando quedó a sus espaldas el bosque. Su triunfo dependía ya sólo de la rapidez con que actuara.

El ataque había producido el efecto previsto. Ni un solo alemán sería tan loco de sacar la cabeza del agujero donde estuviera refugiado. Además, aquel caos entre los internados protegía, mejor que cualquier arma a Olbricht.

Se orientó sin ninguna dificultad entre las construcciones de madera que formaban el pequeño campo. Tenía muy bien estudiada

la situación ocupada por la que le interesaba, y llegó a ella pronto.

Los prisioneros de aquella sección de Buchenwald no disponían de la energía suficiente para forzar las puertas de sus barracones. Eran todos seres condenados ya a la muerte en plazos bastante cortos.

El patio del pequeño campo estaba completamente solitario al atravesarlo, segundos antes, el agente especial.

De la barraca ante la que se había parado surgían gritos y maldiciones, ruegos y plegarias, sollozos, una mezcla de sonidos desgarradores.

Willard desatrancó la puerta, abriéndola de par en par.

No tuvo tiempo para apartarse. Un río de hombres se precipitó por ella, convertidos por el terror en algo muy parecido a las fieras.

Pese a su corpulencia, el norteamericano fué derribado. Docenas de pies pataleaban a su lado y sobre él. Una bota le aplastó la cara. Otra pareció hundirse en su hombro herido. El bramido de dolor que se escapó de su garganta quedó ahogado por los gritos que se alzaban de la masa enloquecida y el tableteo continuo de las ametralladoras.

La masa de prisioneros salió rápidamente del barracón, dispersándose a través de las demás construcciones.

Willard se puso en pie. Era un milagro que no hubiera perecido al ser pisoteado por los que escapaban, aunque, desde luego, no le dejaron en muy buen estado.

La herida del hombro se le había abierto y la sangre empapaba su chaqueta. Tuvo que morderse los labios con fuerza, hasta que el dolor que se producía de esa forma ahogó el de su herida.

No vaciló en penetrar en la barraca. Temía lo peor: que el profesor hubiera huido también. Debía comprobarlo cuanto antes, para lanzarse en su búsqueda antes de que fuese demasiado tarde.

Iluminado por el resplandor del incendio, el interior de la barraca aparecía desierto. Las camas estaban volcadas y rotas. Reinaba allí un desorden indescriptible.

El científico estaba allí. Willard sintió que una alegría salvaje se mezclaba en su ser al dolor y la desesperación.

Le reconoció nada más descubrirle, acurrucado sobre los restos de una cama.

El físico estaba rezando, con las manos juntas, una gran

serenidad en el rostro.

Su silueta aparecía y desaparecía de la vista del agente especial a capricho del resplandor de las llamas.

—¡Vamos, corra! —le ordenó Willard—. No podemos perder un segundo.

El físico pareció surgir de un sueño. Miró con extrañeza a Olbricht, y dijo, con una voz que impresionó, por lo tranquila, al norteamericano:

—Déjeme. Vamos a morir todos. ¿Por qué bombardean el campo? Es el fin de todos. Yo quiero morir en paz.

Le zarandeó Willard casi brutalmente, obligado por la situación.

—Usted ha tratado todo el tiempo —se quejó el hombre de ciencia alemán— de convencerme para que huya. Déjeme. Ha llegado mi hora. ¿Qué más puedo pedirle a Dios que morir en paz?

Willard comprendió que no lograría convencerle. Había tratado de hacerlo inútilmente varias veces ya, convirtiéndose en asiduo interlocutor del alemán desde poco después de su llegada a Buchenwald.

Y no podía perder ni un solo segundo. Obró maquinalmente, sabiendo que aquella discusión suponía e fracaso.

Su mano extrajo con rapidez el arma que poseía, un revólver de gran calibre que quitó a los de la granja.

Antes de que el profesor se diera siquiera cuenta de sus intenciones, el brazo del agente especial descendió con cierta fuerza. La culata del revólver se estrelló contra la cabeza del científico, quien se desplomó sin un gemido.

Se lo echó al hombro el del

F. B. I.,

y salió del barracón. El alemán pesaba muy poco, convertido su cuerpo en huesos y piel, sin una onza de grasa.

Fuera reinaba aún el mayor caos.

Los prisioneros abandonaban sus refugios, creyéndose en peligro en ellos para buscar otros. Lo hacían corriendo, con todas sus fuerzas, agachados, mientras los soldados alemanes seguían ocultos y las ráfagas de ametralladora rasgaban continuamente el aire.

El cuerpo inanimado del científico descansaba sobre el hombre ileso de Willard. En la mano del lado contrario sostenía éste la pistola.

La herida empezaba a dolerle con intensidad, debido seguramente a la carga que soportaba. Apretó los dientes con fuerza para no pararse y se dirigió hacia el bosque, atravesado el cual llegaría al inmenso patio del gran campo.

De existir en aquellos momentos un espectador de lo que ocurría, se hubiera preguntado qué objetivo perseguían los aviones ingleses. El cuartel era una gigantesca hoguera, y, pese a ello, las bombas seguían cayendo sobre él y en sus alrededores. La mayor parte de los aparatos «Mosquito» se entregaban, por el contrario, al campo. Lo tenían indefenso bajo sus alas, iluminado a trozos por bengalas, que se iban apagando poco a poco. Sólo una parte del recinto de Buchenwald quedaba en la más completa oscuridad: aquélla precisamente hacia la que se dirigía el agente especial, el patio central del campo grande.

No halló obstáculos en su camino Willard. El bosque estaba abarrotado de prisioneros, que permanecían en el más absoluto silencio. Entre los árboles, por las sendas que lo atravesaban, en todas partes donde cayó la mirada del norteamericano, había grupos de internados tumbados en el suelo.

Pero ninguno reparó en el norteamericano, y si se dio cuenta de su presencia, como era de esperar, no le hizo ningún caso.

Cuando llegó al otro extremo del bosque, Willard se hallaba al límite de sus fuerzas. El ligero cuerpo del científico le pesaba ahora como si fuese de plomo.

Primero, una pierna; luego, la contraria, el agente especial siguió avanzando, aunque muy lentamente ya, demasiado lentamente.

Sentía una náusea violenta en su estómago. Un agotamiento creciente, casi total, y, al tiempo, una punzada de dolor, de ansiedad, que lo impulsaba a seguir.

Ante sus ojos se extendía el enorme patio, sumido en la oscuridad. Más allá de las alambradas, la hoguera gigantesca que eran las ruinas del cuartel enviaban un resplandor trágico hacia el recinto del campo.

Uno de los aviones descendió sobre el sitio al que llegaba. El estruendo del motor, que rugía como enfurecido, taladró sus oídos. Al mismo tiempo sintió un aletazo poderoso, del aire desplazado por el «Mosquito», que estuvo a punto de tirarlo al suelo con su

carga.

Pudo ver al aparato enderezarse pocas yardas más allá, cuando casi su tren de aterrizaje rozaba el suelo.

El piloto de aquel bombardero debía, estar completamente loco. Apenas alcanzada por el avión la horizontal, se lanzó en línea perpendicular a la que seguía instantes antes. Su silueta, más clara que la oscuridad que envolvía el patio, se destacaba contra el fondo trémulo del incendio.

Pero viró la dirección bruscamente, expuesto por el giro a partirse en dos.

Apenas había avanzado cuatro o cinco pasos el del F. B. I.,

desde que apareció el aparato. Instintivamente se agachó cuanto pudo, sin soltar al científico. El «Mosquito» se dirigía por segunda vez hacia él, a velocidad a ras de suelo.

Un grito de espanto desgarró el pecho de Willard. Unos segundos más, y las alas del avión chocarían irremisiblemente contra él. Su cuerpo y el del hombre de ciencia quedarían segados en dos, a menos que el aparato cambiara la dirección que traía.

No podía hacer nada, absolutamente nada por evitarlo. Vi agrandarse la silueta del «Mosquito» a prodigiosa velocidad.

Sus rodillas se doblaron y cayó al suelo. Sus ojos permanecían fijos, como hipnotizados, en el peligro inesperado, mortal, que se acercaba velozmente.

Todo había ocurrido en escasos minutos; en segundos, tal vez.

Era el fin, un fin absurdo, que llegaba súbitamente cuando el triunfo se hallaba ya a pocos pasos del agente especial.

Willard se aplastó contra el suelo, arañando la tierra con las uñas. Las alas no le alcanzarían, pero el tren de aterrizaje avanzaba, raspando el suelo, recto hacia donde él se encontraba.

Cincuenta yardas, cuarenta, treinta, veinte... Era ya una mole compacta la que se precipitaba contra Willard, algo semejante a un monstruo enloquecido por la furia...

De pronto... Fue un ruido espantoso. El «Mosquito» cabeceó, pegando sus hélices contra la tierra. Dio varias volteretas en el aire, chocó con terrible fuerza contra el suelo, volvió a girar de trastazo en trastazo y quedó inerte, envuelto en llamas.

Algo golpeó con fuerza contra la cabeza del agente especial.

Un buen espacio quedó iluminado por las llamas que devoraban a los restos del aparato.

Y allí, muy cerca, iluminado por aquel trémulo resplandor, divisó Willard al aparato que tenía que recogerlo.

Un grito de triunfo se escapó incontenible por entre los dientes del hombre del

F. B. I.

Había atravesado un infierno de lucha, de dolor, de miseria, pero la victoria estaba allí, ante él, a menos de diez yardas.

Un impulso de intenso gozo lo lanzó hacia adelante, olvidándose de todo.

Pero ¿qué le pasaba? Se quedó quieto, como convertido súbitamente en un trozo de piedra. Sus pupilas sólo captaban tinieblas, oscuridad impenetrable. Se llevó la mano a los ojos y, al restregárselos volvió a ver el aparato salvador.

Sus dedos quedaron humedecidos por algo. Sangre. Entonces comprendió aquel velo de oscuridad que le cegara de momento. Lo que le golpeó la cabeza le había causado una herida que sangraba copiosamente.

Echaba a andar de nuevo hacia el aparato que le esperaba, cuando recordó al físico. Desanduvo las pocas yardas ganadas.

Pero comprendió, al intentar levantarlo con ayuda de sus manos, que esta vez le sería de todo punto imposible cargárselo sobre las espaldas.

El resto de los aviones de bombardeo ligero efectuaban en aquellos momentos una extraña maniobra. Los que dejaban caer sus bombas sobre las ruinas del cuartel abandonaron su tarea, uniéndose a los encargados de ametrallar el trecho que formaban las líneas de alambradas espinosas.

En el centro del patio, el «Mosquito» caído iluminaba demasiado bien al aparato encargado de recoger al físico alemán y al agente especial.

La escuadrilla entera se lanzó, a muy poca altura, sobre el recinto del campo, soltando sus ametralladoras chorros de fuego.

El tableteo de los disparos se convirtió segundos después en una canción siniestra, infernal.

No disparaban contra los barracones, sino contra el espacio que quedaba entre la línea de éstos y el centro del patio.

Willard comprendió enseguida el propósito del capitán de la escuadrilla que ordenara ejecutar esa maniobra. Gracias a la lluvia de balas que caía en torno al centro del patio, el aparato posado para liberar a los dos hombres quedaba encerrado dentro de un círculo de fuego, imposible de atravesar.

Willard empezó a desesperarse. Contaba con unos minutos de impunidad para llegar al avión que le esperaba, pero no conseguía levantar el cuerpo aún inerte del científico.

Después de un último esfuerzo, decidió agarrarle con la mano del brazo sano por el cuello de la chaqueta.

De esa forma, tirando con todas sus fuerzas de él, lo arrastró hacia el aparato.

Al acercarse —distaba ya sólo cinco o seis yardas— apreció sus características, no sin estupor. Era un aparato alemán de reconocimiento, el famoso «Cigüeña». En el fuselaje se distinguía bien la cruz de la Lutwaffe, y en su timón la cruz gamada.

Un hombre saltó al suelo, desde la carlinga. Vestía el uniforme de cuero de la Royal Air Forcé y empuñaba una metralleta ligera, una «Stern» de las creadas por los ingleses para los guerrilleros de los países ocupados por las tropas germanas.

—¡Vamos, dese prisa! —gritó al norteamericano.

No debía haberse dado cuenta todavía de que Willard estaba herido.

De pronto ocurrió algo con lo que el agente especial no contaba. Una voz aulló a sus espaldas, en alemán.

Al volverse, con la mayor sorpresa pintada en el rostro, Willard se encontró con un soldado de los de vigilancia, que levantó un fusil ametrallador amenazadoramente.

¿De dónde salía el guardián? Con toda certeza estaba allí desde antes, y el incendio del «Mosquito» le reveló lo que pasaba.

La culata del arma homicida no llegó a caer sobre el agente especial.

El piloto inglés disparó antes de que eso ocurriera.

Sonó el tableteo seco de la «Stern»; acto seguido, un grito de muerte; luego, el choque de un cuerpo que se desplomaba sobre el suelo.

El norteamericano no se volvió para comprobar el resultado. Tiró de nuevo del cuerpo del físico hacia la «Cigüeña».

Detrás de él, el alemán, moribundo ya, pudo alcanzar el arma, que se desprendió de entre sus manos.

Levantó la cabeza y el fusil ametrallador, apuntando al prisionero que se le escapaba.

Y apretó el gatillo. Al tiempo de hacerlo, su cabeza se desplomó. Había muerto.

Pero el plomo abrasador de su ametralladora alcanzó de lleno a Willard, segándole las dos piernas.

El piloto corrió hacia el agente especial, al ver cómo se doblaba. Llegó a tiempo de impedirle caer.

De una ojeada, el piloto vio que el soldado había realizado la última acción de su existencia. Su postura demostraba sin lugar a dudas que estaba muerto.

Sin preocuparse por él, el inglés arrastró a los dos prisioneros hasta su aparato.

Unos minutos después el «Cigüeña» despegaba, protegido hasta el último instante por la metralla que lanzaban los «Mosquito».

---

---

TODOS COLECCIONAN LOS CROMOS DEL

F. B. I.

que presentan la perfecta organización policiaca del  
*Federal Bureau of Investigation.*

¡ADQUIRID EN LOS BUENOS QUIOSCOS  
SOBRES — con tres cromos — por 30 céntimos!

## EPÍLOGO

La mujer que acababa de penetrar en aquella habitación del hospital yanqui establecido en Londres tenía los ojos llenos de lágrimas.

Era Norma, la esposa de Willard Olbricht. Dio varios pasos vacilantes hacia la cama ocupada por el agente especial y, de pronto, retrocedió.

Sus labios se abrían en una mueca de dolorosa sorpresa. En aquel rostro demacrado, sin color, cuya piel parecía a punto de ser horadada por los pómulos, le costaba trabajo reconocer a su marido.

Se restregó los ojos, para mirarle otra vez, y tuvo que taparse la boca con las manos para ahogar un grito en su garganta.

Él había vuelto la vista a otro lado, y tragaba saliva. Veinticuatro horas antes le operaron a vida o muerte. Se sentía tan débil, que no podía incorporarse en la cama. Y el temor a que ella le viera así, convertido en un esqueleto con vida, le llenaba de angustia.

Norma tardó unos minutos en reaccionar.

De pronto se arrojó contra el pecho masculino. Los brazos de la mujer abarcaron el torso del herido.

—¡Dios mío, Willard! ¡Dios mío! —Y empezó a sollozar desgarradoramente.

Él hizo un gran esfuerzo para apartarla de sí. Un nudo se le formaba en la garganta, impidiéndole hablar. Pudo, no obstante, preguntar:

—¿Y el físico, Norma? ¿Llegó vivo?

Su voz trataba de parecer tranquila, henchida de indiferencia.

—Sí. Está bien. Han empezado a tratarle. El mismo asegura que se encuentra convertido en otro hombre. Quiere darte las gracias. Dice que rechazó tu ayuda para huir de Buchenwald, creyendo que

sólo ansiaba ya la muerte. Ahora desea vivir otra vez.

Había dejado de hablar, y le cogió la cara con sus manos.

—¡Cuánto has debido sufrir, Willard! ¡Cuánto en tan poco tiempo!

Él no contestó. Evitaba encontrarse con la mirada de la mujer a la que amaba más que a sí mismo. Pero tenía que decírselo, debía decirle «aquello».

Los dedos del herido se crisparon sobre las sábanas. Empezó a balbucir, con temblor de sollozos en la voz:

—Le rogué al doctor que no te dijera la verdad. Quería enseñártelo yo mismo. Quería que tú...

Con brusquedad echó hacia atrás la ropa que le cubría, dejando al descubierto su cuerpo.

Ella emitió un grito desgarrador, semejante al de un ser herido de muerte. Retrocedió, fija en «aquello». Quiso decir algo, pero sus labios empezaron a temblar.

—Ésta es la realidad —gritó él—. ¡Ésta es la realidad!

Y señalaba el lugar que debían ocupar sus piernas, el lugar donde debían estar sus piernas.

Dos muñones aún ensangrentados, eso era todo.

Ella se tapó los ojos con la mano y dio un paso hacia la cama, como antes lo había dado hacia atrás.

—¡Por Dios, Willard...! —le rogó.

El volvió a cubrirse, con manos temblorosas.

Entonces, ella dijo, entre sollozos:

—Te elegí a ti entre todos los hombres del mundo. Te elegí porque te quería con todo mi corazón. Cuando partiste a esa horrible misión, creí que me volvía loca, pensando que jamás ibas a regresar. De día y de noche he rezado para que volvieras. Pude trasladarme a Londres, y todas las mañanas iba al Estado Mayor para saber si habías vuelto. Yo te sigo queriendo más que a nada en el mundo.

Los sollozos la impidieron proseguir. Había hablado de un tirón, entrecortadamente, estremecida por la emoción.

Dio otro paso hacia adelante y cayó de rodillas ante él. Sus brazos le apretaron con fuerza, hasta hacerle daño: le apretaron como si temiera que fuesen a arrebatarla al hombre que eligió entre todos.

—Yo..., yo te quiero... con toda mi alma.

Willard Olbricht no tuvo suficientes fuerzas para rechazarla.

Su hombro le dolía mucho; pero el contacto con las manos, que empezaron a acariciarle el cabello, le producía una sensación extraña, como si amortiguaran el sufrimiento físico.

El herido cerró los ojos. Entonces sintió en sus labios el calor de los de su esposa.

FIN









Un agente del F. B. I. es secuestrado por los contrabandistas de armamentos. Un **boss** de inteligencia maquiavélica, logra, mediante un modernísimo invento, hacer que declare cuáles son los planes del F. B. I. El **suero de la verdad** ejerce su efecto delador y el agente es tachado de traidor por sus propios jefes y compañeros.

## Armour, expulsado

Así se titula la maravillosa novela debida a la fértil pluma de

O. C. TAVIN

el autor que nos deslumbró con sus grandes creaciones: LA REDADA, TRAIÐOR, PERSECUCION, A LA DESESPERADA.

## Armour, expulsado

Causará sensación a su salida, la próxima semana, en la inimitable

Colección F. B. I.

